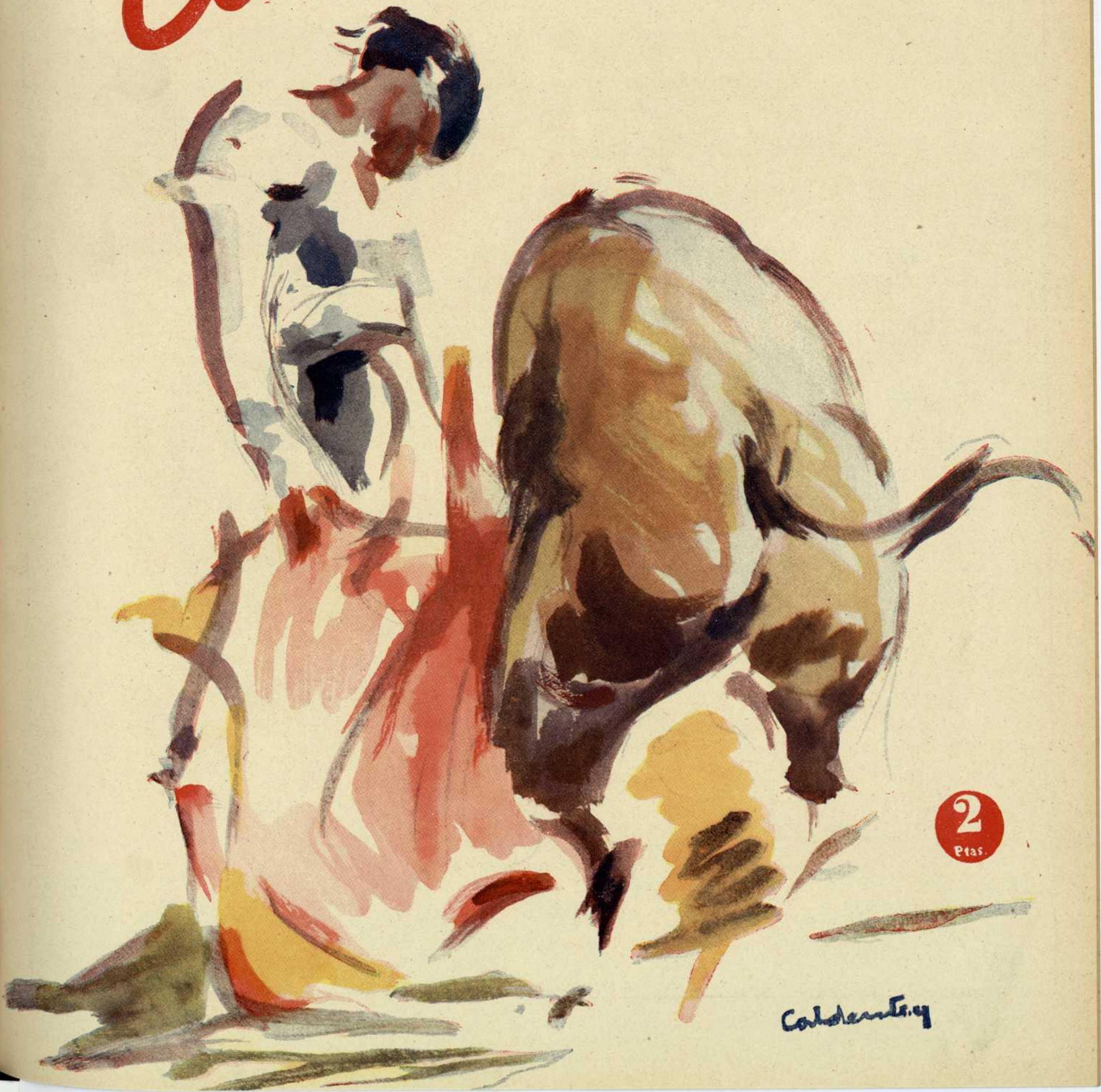
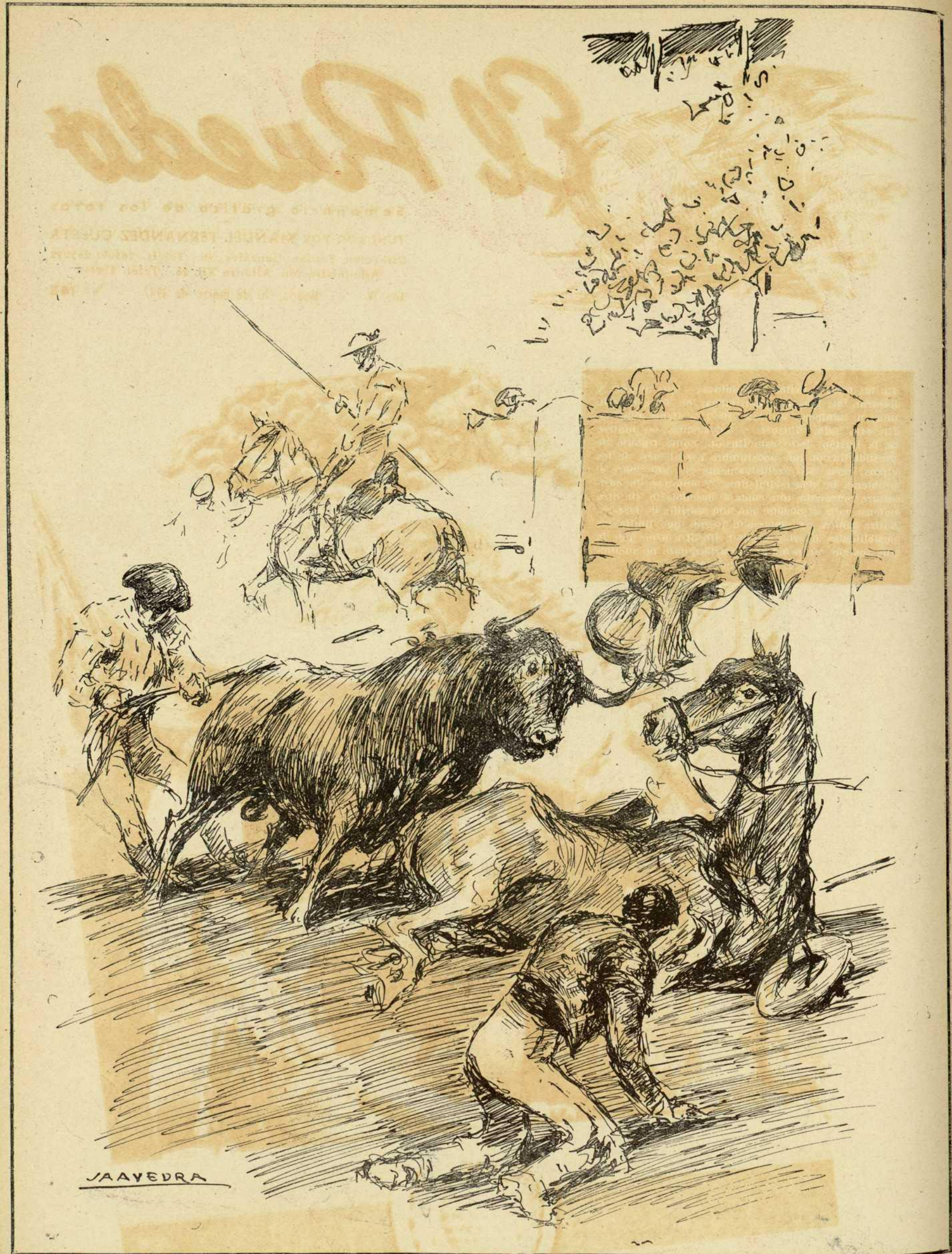


El Ruedo



2
Ptas.

Calderon



JAAVEDRA



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26. Telef. 214460

Año IV - Madrid, 20 de marzo de 1947 - N.º 143

En las fallas —bellas, ingeniosas— que alegran y decoran las plazas valencianas, no falta ningún año, ni tampoco en este 1947, el tema taurino. En esta falla, Encorts y adyacentes, el motivo es la ilusión. Pero esta ilusión, como trabajo de prestidigitación que acostumbra a realizarse en los circos, versa casi exclusivamente este año sobre el problema de abastecimientos. Y entonces la caricatura representa una caída al descubierto, sin otra defensa para el picador que una cartilla de tercera. Sátira contra ese «mercado negro» que limita las posibilidades de vida a quien sin otra arma que la que sostiene en la mano el varillero no sucumbe a sus exigencias...



LOS SESENTA AÑOS DE LARITA

Un torero con una gran popularidad y con muy poco provecho



Larita, con el calzón roto, ajeno a todas las chanzas en los tendidos y tirando a dar para concluir con su enemigo

LARITA acaba de cumplir sesenta años. Esta edad, al menos, es la que resulta de la fecha de nacimiento (19 de marzo de 1887) que registra en sus «Efermídes taurinas» el popular crítico Don Ventura. En la obra «Los toros», de Cassio, aparece, sin embargo, otra fecha de nacimiento del espada malagueño (la del 15 de agosto de 1885), por la cual encontramos a Larita con año y medio más y celebrando sus días en lo más canicular del verano. Pero, en definitiva, tanto importa que Larita haya cumplido ahora sus sesenta años, como que esto sucediera en el estío de 1945. Y lo que ofrece curiosidad es todo lo que hoy en la vida de Larita desde que mata un becerro, a los tres años, en Beas de Segura, hasta que toreó sus últimas corridas en la temporada de 1933.

Toda una crónica paradójica, y por paradójica un poco triste y otro poco divertida, es la historia taurina de Matías Lara Merino, Larita, que hizo en los ruedos regocijo del valor. Burlaba con una pirueta cómica o con un desplante grotesco el calorío del público, ante el arrojo extraordinario y la temeridad, que parecía imposible. Y en el aplauso al torero, tanto hacia presencia la sorpresa por aquel valor, como la jarama por aquellas cabriolas.

Es posible que en la historia del toro no se registre otro caso como el de Larita, que siempre tuvo en los ruedos vocación de víctima y que siempre hizo reír mucho a los espectadores. Se jugó la vida repetidas veces, pero como si eso fuera una broma para él y para los demás. Y la conclusión fue que torear así, poniéndole cara de guasa a la muerte, no tuvo muy pingües resultados. A la gente le gusta ver que el torero se juega la vida dramáticamente. Y no admite en esto volatines cómicos. Así, pues, la gran suma de corridas de Larita duró muy pocas temporadas, dentro del gran número de años que estuvo en activo.

Véanse estos datos, que reflejan expresivamente lo dicho:

Larita toreó en 1913 la buena cantidad de cuarenta novilladas, cifra y éxito que lo llevaron a tomar la alternativa al año siguiente. Esa alternativa, en Málaga, de la que fue padrino Paco Madrid, le abrió cauce a gran número de corridas. Pero, siete años más tarde, ya sólo se vistió de torero en dieciséis. Y luego, en trece. Y después, en seis... El año 29, en el que dijo que se retiraba de los toros y celebró en Málaga su función de despedida matando seis Palhas, no actuó más que en cuatro corridas. Dijo que era aquella su actuación última; pero el año 32 volvió a la profesión, y en Madrid salió de nuevo, con el pretexto de decir adiós a la afición madrileña. Y a la temporada siguiente, todavía toreó en dos corridas más, también para pasar su despedida por otras Plazas españolas.

Como se ve, no responden los años esplendidos de Larita a los de su raquílica cifra de corridas. Cuatro buenas temporadas de matador de toros; tres, regulares, y doce, pobrísimas. Tal es el balance de la vida taurina de este hombre. Pero, en medio de tal desnivel, una popularidad innegable, entre chanzas y entre veras, entre la caricatura de su tipo redondo y el sobresalto de su valerosa intrepidez. Y los episodios impresionantes, poniendo en su biografía páginas como para grandes ilustraciones de «La Lidia».

Uno de esos episodios fue en Yecla. Un toro de Salas saltó al tendido, donde hirió a varios espectadores. Larita, armado de muleta y estoque, corrió tras la res, la alcanzó en el graderío y allí mismo la dió muerte. Fue enorme la ovación. Habría estado la gente, durante unos minutos que parecerían eternos, pálida de ansiedad y miedo.

Hechos así hubo en la carrera taurina de Larita varios y sonadísimos, y propicios a que la popularidad del lidiador hiciérase más y más resonante. Pero la popularidad no siempre ha ido del brazo de la fortuna, y en todas las manifestaciones del arte se citan, y a veces no llegan a reunirse, el halago de la celebridad y del provecho.

En Larita se dió ese caso. Fue un torero popularísimo, mas no fue un torero afortunado, a pesar de que puso de su parte mucho para reunir ambas ventajas. Pidió ganado del que los toreros de su época llamaban «de respeto». No rehusó ganaderías, sino que reclamó las más duras. Tuvo muchas veces la rota arrogante de despachar él solo los seis toros de una corrida. Y se dejó pegar del ganado con un desdén altivo de la vida. Más no podía hacer para alcanzar honra y provecho en la profesión. Y no llegó a conjugar lo uno y lo otro. ¡Pobre Larita, estorzándose años y años en demostrar que él salía a los ruedos para jugarlo todo, pero también para ganar alguna vez! ¡Pobre Larita, empeñado en hacer alardes de torero serio y malográndolos con unas excentricidades que hacían retumbar de carcajadas los graderíos! ¡Pobre Larita, extraño y paradójico, sin concluir de explicar nunca la lección de las diferencias que existen entre lo serio y lo cómico!

Hace algunos meses, en Barcelona, donde reside, hubo un festival dedicado a Larita. El propio Matías Lara escribió las convocatorias. Eran de una sorprendente incongruencia. Por cosas mucho menos contradictorias y barrocas se celebraban antes en Pambo unas cenas sabatinas, en las que retrataban, junto a Ramón y a Solana, a los autores de tan audaces y extrañas incoherencias.

Fue la propaganda de aquella fiesta como un revivir de la popularidad, muy 1920, de Matías Lara. Larita. Pero la popularidad siguió siendo en el comentario, en la broma y en el recordar anécdotas y extravagancias del espada malagueño. Al festival, según me dijeron, asistió poco público.

Larita, paradójico siempre, fue en lo único que tuvo la lógica de una continuidad. Lo mismo que cuando estuvo en activo, su nombre de jubilado sonó mucho; pero la gente no fue a verlo.

Y después de aquello —otra vez la paradoja—, ni siquiera ha vuelto a hablarse de él.

FERNANDO CASTAN PALOMAR

En España, como en Méjico, triunfa El Choni



Jaime Marco, El Choni, que en la segunda corrida de las fallas alcanzó un éxito clamoroso, cortando tres orejas

EL LAPIZ EN "EL RUEDO"

LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID, por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO

Primer toro y primer salto de la temporada.—Los banderilleros acusaron su desentrenamiento, y en el primer novillo los «palos» cayeron ahí...—Agudo cogido por el segundo toro.—Con el tercer novillo, Roldán comenzó así su faena, que pudo ser más torera

A Y, que nos vamos a mojar!... Los aficionados miraban al cielo entoldado de la mañana del domingo y ponían la cara triste del apodado, cuando el diestro tiene un día aciago. Pero el sol fué rasgando capotes de nubes a medida que se acercaba la hora de la inauguración de la temporada en el coso de las Ventas. Y la gente sintió renacer la ilusión, y en la Plaza hubo casi un lleno. Como cuando aparece un libro nuevo, del que sólo conocemos el título, la novillada inaugural atrae y subyuga. Nos echamos al bolsillo el cigarro puro, para encenderlo con el primer toque de clarín; saludamos y reencontramos a los amigos de todos los años; comprobamos que siguen viviendo, por fortuna, los viejos servidores de la Plaza, que nos dan la medida del rito y del tiempo, y que la voz del Merienda continúa tan ronca y tan estentórea como siempre. ¡Ah, y también que hay un polvo espantoso en los accesos interiores de la Plaza! Podían regarlos un poquito, ¿verdad?

Anotamos las primeras frases de los espectadores. Ante la pequeñez de los chotos: «Estos son de los que torea el Bombero». Ante la delgadez de los pencos: «Ese picador va montado en una papeleta de empeño...»

En general, la novillada nos va pareciendo, desde su iniciación, algo así como un mal ensayo general, donde nadie se supiera los papeles. Y esta impresión se acentúa a medida que las manecillas del reloj dan dos vueltas y media al ruedo de la esfera. El aburrimiento fabrica bostezos a granel, mientras los vendedores de cerveza y de gaseosa piden, incansablemente, que les devuelvan los cascos, cosa que antes no sucedía, y que daba al tendido un aire de seguridad y de confianza.

Como las faenas de los diestros no tienen nada de particular, la atención se consagra a los incidentes del ruedo: a las carreras que dan los novillos mansos, a los sustos que provocan al saltar la barrera, al desconcierto de los peones, a la lenti-

A VISTA DE TENDIDO

EL LIBRO NUEVO.—LAS PRIMERAS FRASES.—CON BOSTEZOS Y SIN FAENAS.—POCAS COSAS DE LOS DIESTROS.—LA FUGA Y EL CIRCULO VICIOSO

tud de los banderilleros, a los topetazos constantes (¿cuántos toreros resucitaron atropellados?), a las capas hechas pedazos por los cuernos astillados, a las taleguillas rotas, a los pantalones de monosabio que tuvo que vestir Agudo y al espontáneo, con pinta de señorito, que se ganó una gran ovación, y que cruzó serio, digno y un poco aburrido, el redondel, para pedir perdón de rodillas a la Presidencia y entregarse después dócilmente, sin resistencia, a la autoridad.

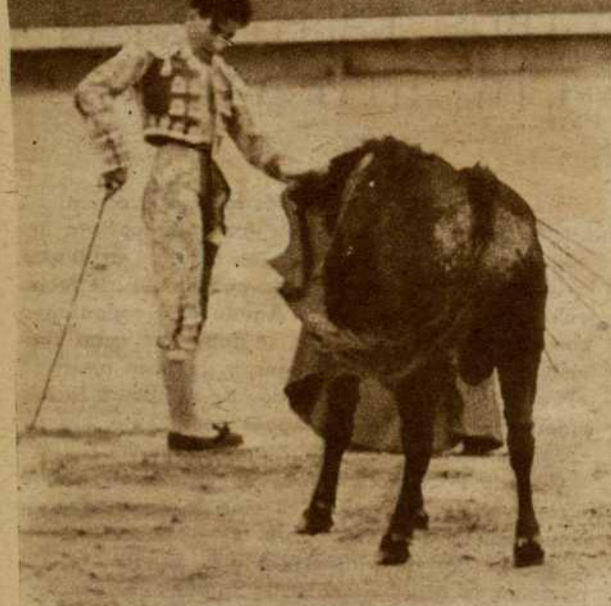
Cuando Paco Roldán, que es la mar de fotogénico, y que si se dedica al cine le va a hacer la competencia a Mario Cabré, se dispuso a clavar el primer par de banderillas a su novillo, un espectador le gritó: «¡Chalao!» Roldán, sin descomponerse, le brindó los rehiletes. Y como el muchacho lo hizo bien, el espectador le arrojó el sombrero y un billete de Banco. Y el público subrayó todas y cada una de las fases del suceso, y premió con sus aplausos el epílogo del regalo.

Si este Roldán no se hubiese empeñado en estirar los naturales —por cierto colocado a novillo pasado y sin ligar nunca con el de pecho— habría podido tener una tarde efectista. Redondo, en cambio, que es peleador y valiente, carece de finura de invención y de genio. Agudo, el salmantino, que se pasó la novillada hablando a los bichos y llamándoles con acento campero, aparte de sus dos cambics de rodillas a la salida de toriles, no dió tampoco más de sí. No vimos ni una buena estocada, ni un lance sosegado, ni un detalle que nos llamara la atención. El ganado, como suele decirse vulgarmente, «se las traía». Y hasta se las llevaba. Pero se le podía haber sacado mucho más partido, sobre todo al novillo que cerró plaza. ¿Falta de entrenamiento en los muchachos?... ¿Desconocimiento?... ¿Miedo?... Quizá todo junto. El hecho es que, al recapitular nuestras impresiones sobre la novillada inaugural de la Plaza de Madrid, todo aparece en nuestra memoria deslabazado y confuso, pesado y soso. Cuando llegamos a la lidia del último astado sentíamos la sensación de que la novillada había empezado a las cuatro y media del domingo anterior, que llevábamos ya una semana entera presenciando el interminable espectáculo. La gente se ponía los abrigos de los que previsoriamente no quiso desprenderse porque la temperatura en marzo gasta tremendas bromas, y abandonaba su localidad antes de terminar el festejo —de alguna manera hay que llamarlo—, diciendo a los más resistentes, a los que aguantaban hasta el final: «Ya nos contaréis cómo y cuándo acabó esto». Se abrían en los tendidos las anchas calvas provocadas por estas fugas. Y lucía tristemente, a la luz de las siete de la tarde, la piedra gris, muy lavada por las pasadas lluvias, como delatando las melancólicas deserciones. Sin toros y sin toreros no puede haber afición, y sin ofición no hay ni toros ni toreros... Un círculo vicioso, pero que muy vicioso. Del que sólo se sale a base de buenas corridas. Pero, ¿las veremos? ¿Que Santa Verónica nos ayude!

ALFREDO MARQUERIE

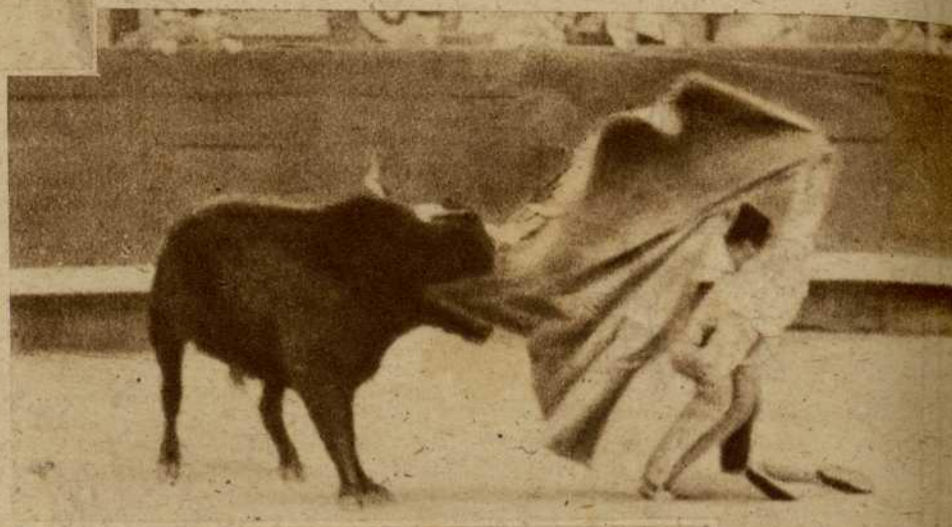
Dos novilladas en V

Con seis novillos de Sebastián González, REDONDO, AGUDO y ROLDAN inauguran la temporada en las Ventas

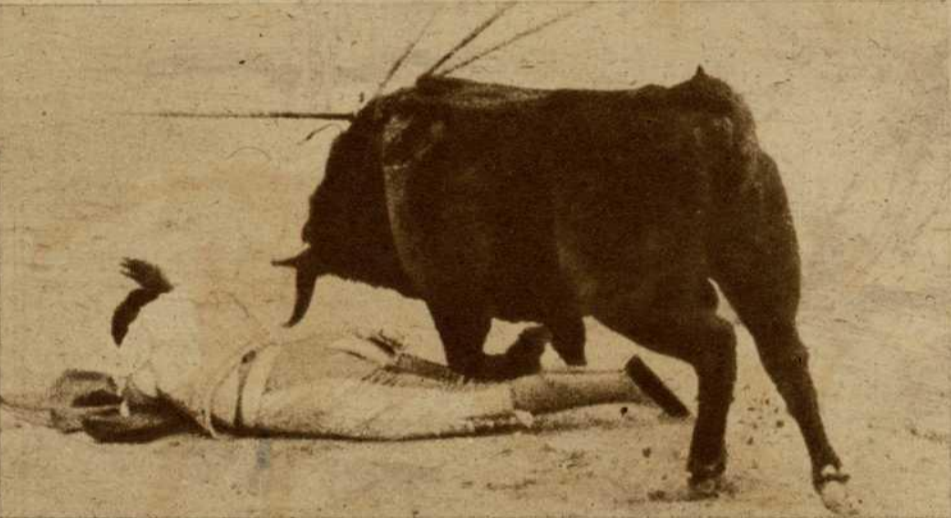


En el patio de cuadrillas, Luis Redondo, Roldán y Paco Agudo esperan el momento de hacer el paseíllo, en la novillada inaugural de la temporada madrileña

Luis Redondo cita al natural a su primero



Paco Agudo recibe a su primero con una larga cambiada



Agudo sufrió una aparatosa cogida en su primero. En la foto vemos cómo el novillo quiere «hacer carne»

El aficionado madrileño llenó o casi llenó el coso de las Ventas con ocasión de la primera novillada del año en Madrid. Lució, además, el sol. La tarde, por razones de tiempo y de público, era inmejorable para intentar las mejores empresas. Se había concitado todo a favor del espectáculo. Todo... menos la terna de espadas y el ganado del señor Sebastián González. Aquí ya no hubo acuerdo posible. Quizá los culpables no lo sean ni Redondo, ni Agudo, ni Roldán. Quizá el verdadero culpable de cuanto acaeció en el ruedo de las Ventas fuera don Sebastián González, el inefable ganadero, que nos remitió una novillada de desigualdad manifiesta en tocante a tipo, edad y bravura. Con estos seis novillos, ni Redondo, ni Agudo, ni Roldán —los tres, igual, igual que los fenómenos, también necesitan el toro de media arrancada— pudieron hacer más de lo que hicieron, con patente probidad profesional. En cuanto a lo demás, los tres matadores pecaron más por ausencia que por presencia.

No se nos oculta que el ganado, por sus pésimas condiciones, no permitía hacer el toreo con arreglo al toreo de hoy. Los seis novillos exigían una lidia... pero exigir esto a Redondo, a Agudo, a Roldán, nos parece excesivo pedir, porque, de haberlo podido hacer ellos con decoro y fortuna, lo más probable es que los tres no hubieran tenido que «tragarse» el paquete que envió don Sebastián. Habrían sido otros tres... pero no ellos.

Pero esa vida de los toros es así...

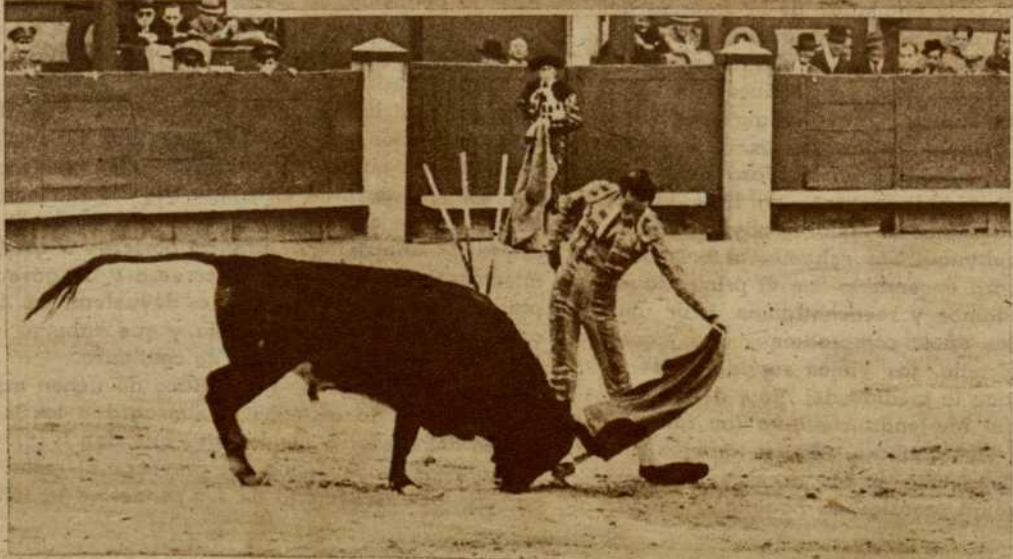
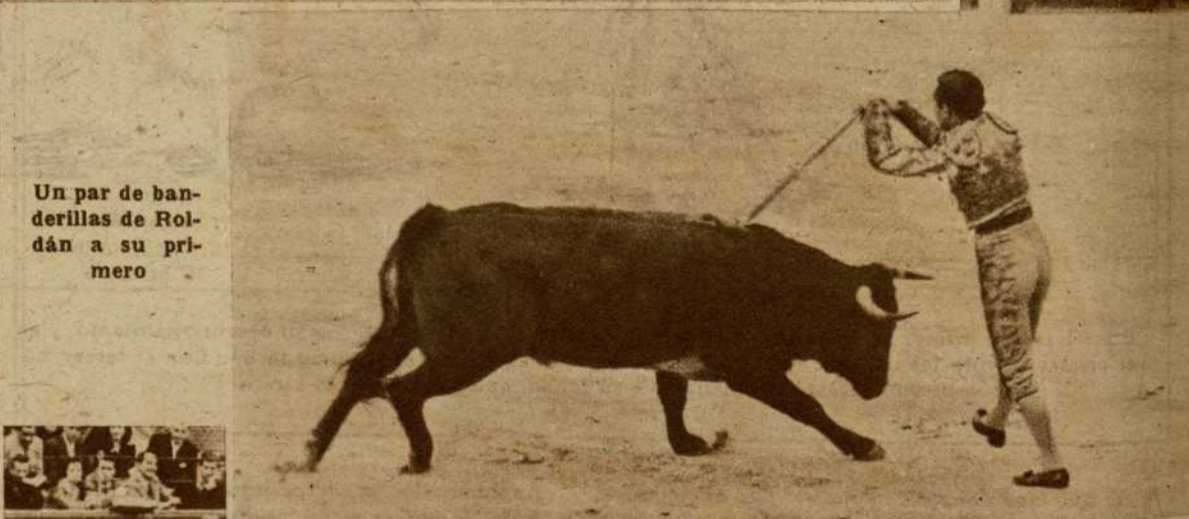
En dos horas y media largas pudimos pensar muchas cosas. Pero seamos benévulos con Redondo, que estuvo muy valiente en su primero y más afligido en su segundo. Con igual benevolencia tratemos a Agudo, valiente en su lote, y señalemos las dos largas cambiadas con las que recibió a sus novillos, y que fueron ejecutadas con gran limpieza y sabor. Respecto a Roldán, debemos extremar la crítica, puesto que su primer novillo, que tenía «un lado izquierdo» como para armar un escándalo, Roldán lo aprovechó en una tanda de naturales que entusiasmaron al respetable. Pero en lugar de cortar la faena y montar la espada... siguió, y por seguir, perdió la oreja. En su segundo, que fué el mejor novillo de la tarde, Roldán quedó un poco al descubierto. Generalmente, los toros buenos son los que descubren a los toreros... digamos que descubren a los toreros que emplezan, porque extremar el rigor con Roldán no es justo, ya que el muchacho fué, en definitiva, el que más acertado estuvo en el ruedo de las Ventas. Con las banderillas, Roldán fué aplaudidísimo.

Y...

Como nota final, podemos decir que las cogidas, los revolcones, se produjeron con prodigalidad. Un capote milagroso veló por la vida de todos. Era un capote que no se veía... pero que todos sabíamos que estaba allí. Cuando los novillos querían «hacer carne»...

C. E. F.

Un par de banderillas de Roldán a su primero

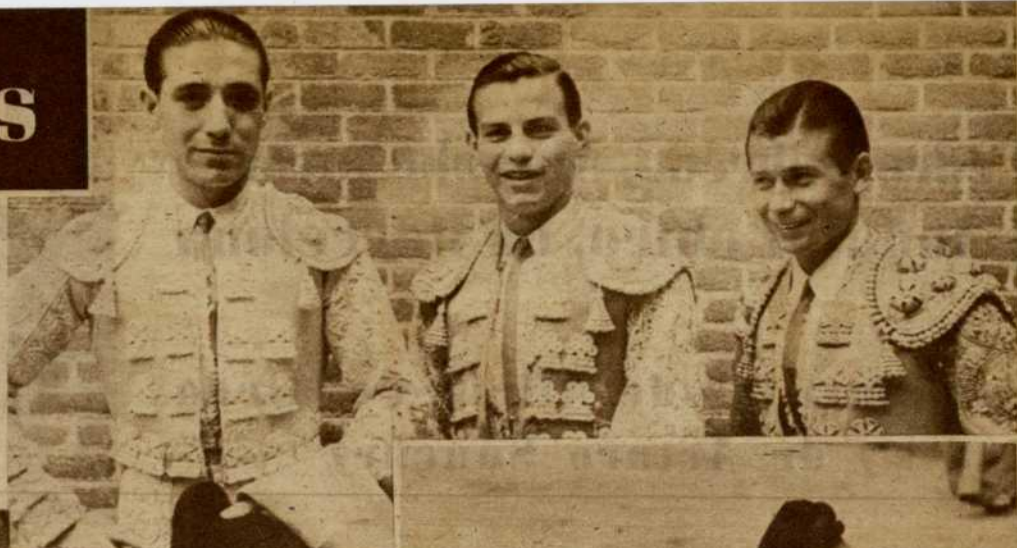


Roldán, que dió una buena serie de naturales a su primero. La foto recoge uno de estos naturales (Fotos Baldo-mero)

Madrid en 72 horas

LA SEGUNDA DE LAS VENTAS

Joselito Moreno, Manolo González y Mariano Guerra lidiaron novillos de Arrauz de Robles



Mariano Guerra, Manolo González y Joselito Moreno en el patio de cuadrillas



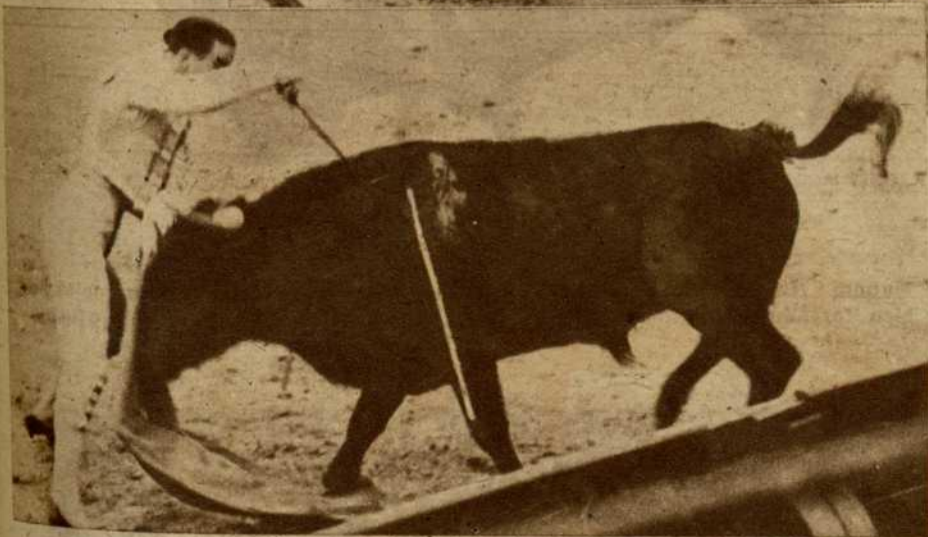
Joselito Moreno veroniqueando a su primero



Momento emocionante de la cogida de Joselito Moreno



Manolo González se dobla bien con su segundo



Mariano Guerra se atraca de toro al matar su primero

Una de las nuevas suertes de picar que vimos en la novillada de ayer en las Ventas

(Fotos Baldomero)



Si el pasado domingo la cosa estuvo mal... Hoy estuvo peor.

Quizá también por culpa del ganado y quizá también por culpa de los toreros, aunque esto último sea menos disculpable, ya que la terna de matadores era bastante más apañadita.

Sin embargo, ni Joselito Moreno, ni Manolo González, ni Mariano Guerra, pudieron con los seis novillos de Arrauz de Robles. Como en la novillada del domingo, este lote de Arrauz de Robles también tuvo sus dificultades. Tuvo sus dificultades, pero menos...; porque si los seis novillos llegaron un tanto quedados a la muleta, este defecto no justificaba el excesivo temor ni tan siquiera la exagerada prevención que tuvieron para ellos los tres matadores.

En un tiempo de setenta y dos horas hemos visto en el ruedo de las Ventas doce novillos no muy sobrados de casta y seis novilleros desangelados, fuera de sitio, sin recursos y sin condiciones. Bien sé que para triunfar estos muchachos necesitan el novillejo en condiciones... lo sé; pero no es mucho pedir ni exigir que, al presentarse en Madrid, cuando menos tengan, aunque sea una mínima, probabilidad de quedar bien. Novilleros placeados, hechos o en condiciones de enfrentarse con el novillo, es lo menos que podemos pedir. Lanzar tres muchachos fiándolo todo a su buena voluntad, a su genio... ya no nos parece tan bien.

La razón nos la da el tiempo. Estas setenta y dos horas han descubierto a seis muchachos modestísimos que querían apresurar su marcha... y que han retrocedido en su carrera. Y el público —que el domingo llenó la Plaza— también ha retrocedido. En la novillada del miércoles la entrada quedó reducida a unos cuantos miles de aficionados. Muy pocos. Bastantes menos que los que llegarían a ocupar un tercio de la Plaza. Yo no digo que quizá el tiempo —tiempo trío y desaparecible...; pero también creo que la culpa de las ausencias era el cartel.

Manolo González hizo muy poco en toda la tarde. Unos apretados lances a su segundo y un quite por chicuelinas. Con la muleta, Manolo González fué a menos...; tan a menos, que aquellos lances y aquellas chicuelinas se olvidaron muy pronto.

Y Joselito Moreno, sin sitio, sin maneras, pasó totalmente inadvertido. Se había hablado algo de él. Y ahora, lo probable es que...

No seamos muy rigoristas. Disculpemos a los muchachos —que nuestra disculpa también sea para Mariano Guerra, «otro» de los diestros inadvertidos en la segunda novillada de las Ventas— y hablemos un poco de la Empresa de Madrid. Nos gustaría saber si la Empresa madrileña no tenía otros toreros para formar estos dos carteles. Ciertamente, nos gustaría saber esto...

F.

Pedro Robredo, Manolo Navarro y Andaluz chico, en Barcelona

Con novillos de Alicio Cobaleda
y de Arturo Sánchez



En Barcelona, lidiaron tres novillos de Alicio Cobaleda y otros tres de Arturo Sánchez, Manolo Navarro, Andaluz chico y Pedro Robredo. Los tres matadores en el patio de cuadrillas



El bilbaino Pedro Robredo, toreando al natural

Robredo inicia un muletazo por alto



Manolo Navarro lleva muy bien toreando al novillo en esta verónica

Después de los naturales, el remate de verdad... el pase de pecho. Navarro, se ajusta en la suerte



Andaluz chico —que fué el único que cortó orejas— para, templea y manda en este derecho

... y en el de pecho se aprieta y manda también Luis Alvarez

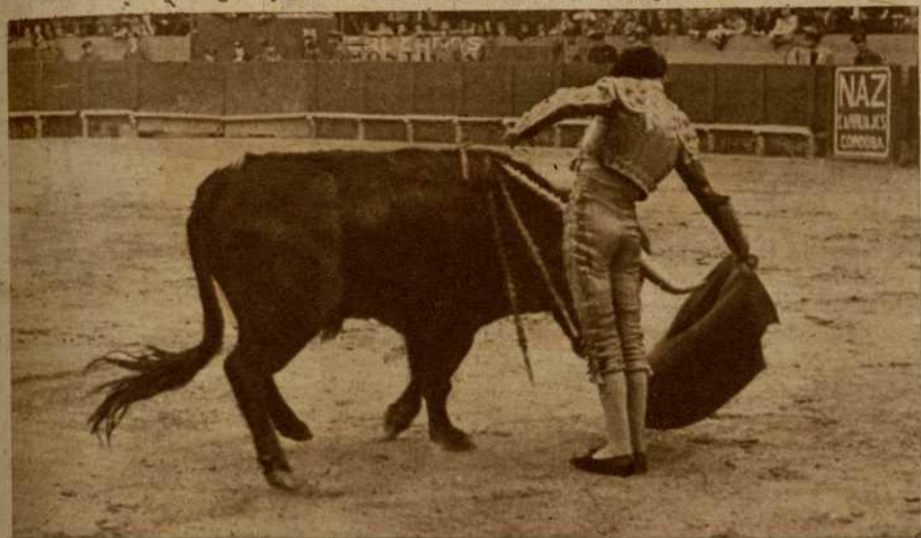


Un gran par del peón Carralafuente (Fotos Vallis)

LAGARTIJO, JOSELETE Y MARTORELL inauguran la temporada, en Córdoba, lidiando novillos de BENITEZ ESCUDERO



La primera de la temporada en Córdoba, va a empezar... Joselete, Martorell y Lagartijo, momentos antes de hacer el paseillo



Lagartijo, ciava los pies en la arena y se pasa el novillo en este derechazo



Joselete, que cortó las orejas de su segundo, torea por naturales

... y Martorell, que también triunfó en su segundo, manda bien en este muletazo con la izquierda. (Fotos Ricardo.)



PEPE-HILLO, MARIANO GUERRA Y FELIX DE LA VEGA, en la primera de Bilbao, con novillos de GARCIA DE LA PEÑA



Pepe-Hillo torea con la derecha, componiendo la figura



El novillo es muy pequeño, pero Mariano Guerra no se estira con él en este muletazo



Félix de la Vega, quieta la planta, veroníquea con temple y finura

En su segundo novillo, Félix de la Vega sufrió una aparatosa cogida, que aparte del susto, no tuvo mayores consecuencias. (Fotos Elorza.)



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



SEGUN autorizada referencia, los madrileños no tendremos ocasión de presenciar en la Plaza de las Ventas una sola corrida de toros hasta bien avanzado el mes de mayo. Quienes escuchábamos atónitos la oficiosa y por desgracia veraz información, mostramos nuestro asombro y nuestra incredulidad, y no faltó uno que exclamase, no sin indignación: «Pero, ¿por qué? ¿Qué delito hemos cometido los madrileños para que no podamos ver una sola corrida de toros hasta el mes de mayo? ¿Es que es probable, cierto tal vez, que los diestros, sin distinción de categorías, huyan de la Plaza madrileña?»

Nuestro informador aseguró sin vacilaciones: «Le huyen, no les quepa a ustedes la menor duda. Hasta la fecha sólo se ha logrado contratar a cuatro

diestros en condiciones justas para ellos y para los intereses de la Empresa.»

Los nombres de esos cuatro diestros los haré públicos oportunamente en su honor, y en demérito de los que se negaron, con argumentos más o menos razonables —imaginariamente razonables—, a presentarse en la primera Plaza del mundo, la Plaza que da y quita, la que consagra o destroza, la que, en definitiva, otorga las categorías, se quiera o no se quiera, como lo prueba bien el que diestros con méritos suficientes para ser figuras no pasaron o no pasan de figurillas sin el refrendo de la «Meca del toreo».

El cartel que, según nuestro informador, quería ofrecer la Empresa a los madrileños en los primeros días de abril estaba integrado por tres matadores de indiscutible interés. Son tres matadores que necesitan el empujón de esta Plaza para situarse en el lugar que por méritos reconocidos les corresponde, y, sin embargo, con unos u otros pretextos, se negaron, produciendo con su absurda resolución que otros diestros, por llamados en segundo lugar, se dieran por preteridos y se negaran, también.

Total: que esos tres, y otros tres, y muchos otros tres, se negaron a presentarse en Madrid, y la Empresa de las Ventas, decidida, con razones y loables propósitos, a no ofrecer a su clientela un cartel mediocre o francamente malo para inaugurar su temporada, optó por prescindir de las corridas de toros hasta el momento en que los toreros quieran venir por las buenas, porque ya están puestos.

¿Quién tiene entonces la culpa de que hasta ma-

yo no se vayan a celebrar corridas de toros en la Plaza de las Ventas? Sin duda, si todo es como nos asegura nuestro oficioso informador, los toreros.

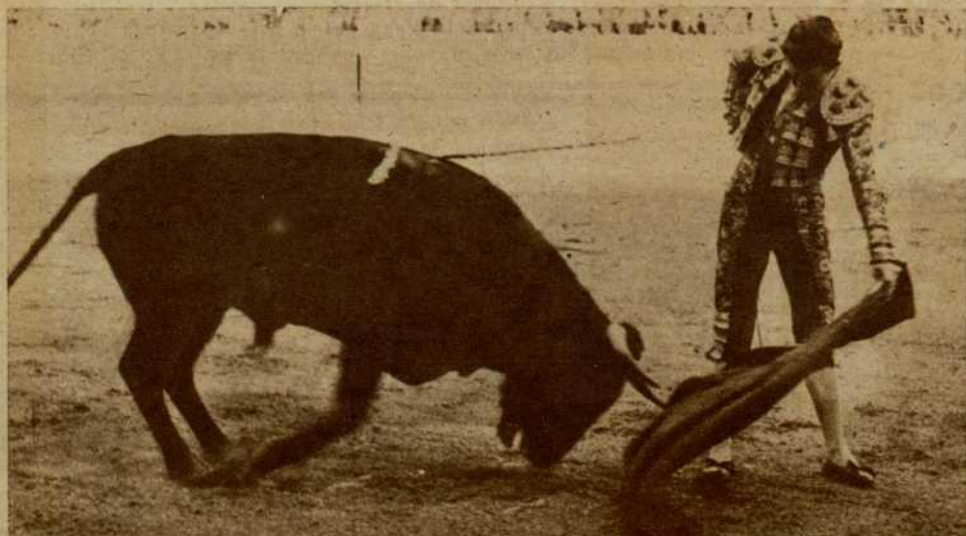
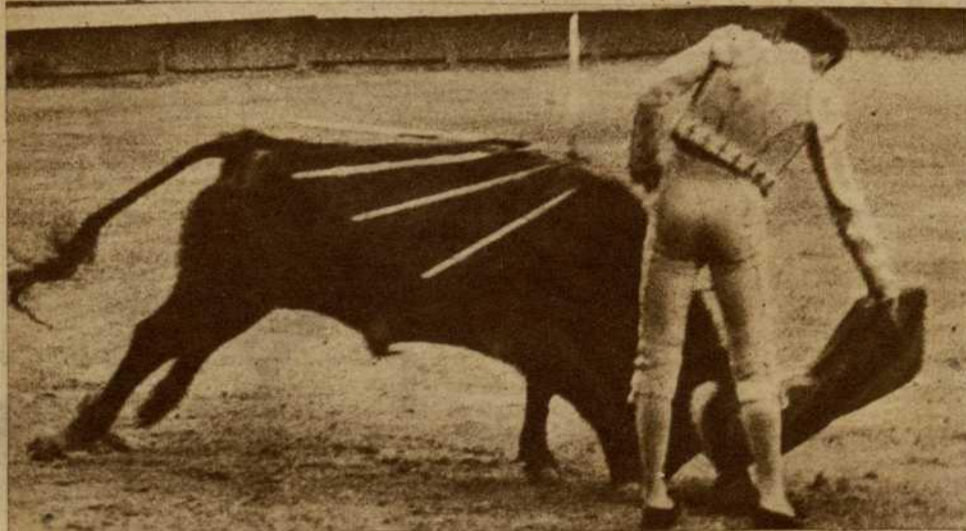
Los toreros, defendidos en sus derechos y en su riesgo en estas páginas de EL RUEDO, no pueden merecer más contemplaciones si con un criterio, tan absurdo como increíble, se niegan a presentarse en el ruedo madrileño. Ciertamente que en todas las épocas del toreo los ases —aunque otra cosa afirmen diestros no hace mucho retirados y aún vivos, a Dios gracias— retardaron cuanto pudieron presentarse en la Plaza de Madrid; pero de eso a que esa negativa se produzca en otros que no lograron en varios años de alternativa situarse en el lugar a que aspiraron, va un abismo, que es preciso salvar cuanto antes.

Porque además, por desgracia, el ejemplo, el mal ejemplo, cunde de tal modo, que hasta los ga-

tos quieren zapatos, y los novilleros, los más modestos novilleros, apenas consiguen una vuelta al ruedo en la Plaza madrileña, se engallan y piden lo que de ningún modo es posible otorgarles. Justo es reconocer que si las cosas ocurren así, tal como nos las refiere nuestro oficioso informador, los toreros no tienen razón y no merecen el apoyo del público, ni el de las Empresas, ni el de la Prensa.



GABRIEL PERICAS, en vísperas de su alternativa de matador de toros



Tres momentos culminantes del arte exquisito de GABRIEL PERICAS, a quien sus triunfos de novillero dan categoría para ocupar, después de su próxima alternativa, un puesto eminente entre los actuales matadores de toros

La actual Plaza de Toros del Puerto de Santa María (Cádiz) fué inaugurada el día 5 de junio de 1880, con una corrida en la que se lidiaron seis astados de don Anastasio Martín por las cuadrillas de Antonio Carmona (el Gordito) y Rafael Molina (Lagartijo); en la fecha siguiente se celebró una segunda corrida con los mismos diestros y seis superiores ejemplares —bravos, poderosos y nobles— de la ganadería del marqués del Saltillo, y a los dos espectáculos asistió la princesa Rattazzi, nacida María Leticia Wyse Bonaparte, nieta por su madre, de Luciano Bonaparte, hermano de Napoleón.

¡Qué aficionada tan entusiasta era la princesa Rattazzi!

Popularísima en las principales ciudades de Andalucía durante su larga residencia en España, su aparición en un palco de cualquier Plaza de Toros era siempre objeto de frenéticas ovaciones, porque de todos era conocido el entusiasmo que sentía por cuanto se relacionaba con nuestro genuino espectáculo, pues asistía a tientas y herraderos, encierros y apartados, y en todas partes daba muestra gallarda de su refinada distinción, hermanada con una atrayente simpatía, que, de buenas a primeras, era inspirada por su arrogante belleza, la cual coaservó hasta una edad muy avanzada.

¿Cómo podía faltar en aquel día 5 de junio de 1880 a la inauguración de la gran Plaza del Puerto de Santa María? Allí estuvo de espectadora las dos tardes, acompañada de su hija, niña de corta edad, y en ambas corridas rompió la concurrencia en aplausos delirantes al verlas aparecer en un palco, a cuya ovación correspondió con mucho garbo la niña —que iba vestida de torero— quitándose graciosamente la monerita.

En la segunda de dichas fiestas, no contento el público con aplaudir febrilmente, pidió música, y la banda de un regimiento de Ingenieros ejecutó en honor de las Rattazzi los más alegres aires andaluces de su repertorio.

El quinto astado hizo una soberbia pelea —fué un magnífico toro de aquellos que hoy parecen legendarios, y que tan célebre hicieron la casta de Vistahermosa—, y al disponerse el Gordito a banderillearlo, brindó la suerte a la niña Isabel Roma, par que clavó al quiebro —la suerte que le dió tanta fama—, haciendo el cite sentado en una silla con su salero característico.

La ovación que Antonio Carmona escuchó se hizo extensiva, una vez más, a la madre y la hija, al corresponder ésta al brindis con un regalo.

¿Qué particularidades ofrecía la vida de la princesa Rattazzi?

La principal de todas, la de ser una eximia «femme de lettres». Había nacido en el año 1833 en Waterford (Inglaterra), y lució con todo esplendor, tanto en París —por ser miembro de la familia Bonaparte— como en Berlín, cuando fué esposa del conde Alexis de Solm, diplomático austríaco, con quien casó en primeras nupcias, para separarse a los cuatro años de matrimonio.



Antonio Carmona (Gordito)



Rafael Molina (Lagartijo)

LA MUJER EN
LOS TOROS

LA PRINCESA RATAZZI

Posteriormente, el pequeño mundo donde brillaron su nobleza y su hermosura fué Roma, donde compartió el tálamo desde 1863 con el famoso hombre de Estado italiano Urbano Rattazzi, cuya unión dió origen al título que ostentó en lo sucesivo, y al cual pospuso siempre el apellido Wyse, que le pertenecía.

Mujer inquieta y andariega, los viajes, las letras y el periodismo llenaron su existencia por completo; publicó numerosos artículos políticos y literarios, novelas y libros, así como el periódico «Les Matinées d'Aix», que reemplazó luego por «Les Matinées espagnoles», a raíz del casamiento de Napoleón III con Eugenia de Montijo; dió a la stampa un libro titulado «El matrimonio de la española», que le costó ser desterrada de Francia; consagró su talento y su no escasa fortuna a la causa de la unidad italiana, y cuando murió su segundo marido y vino a España en busca del pintoresquismo de pandereta, conoció a don Luis de Rute, subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros con Sagasta, un ingeniero malagueño de recia belleza varonil y barba negra, que estaba pidiendo un turbante, un alquicel y un alfanje, a cuya estupenda estampa masculina dió María Leticia su mano, su amor y su talento, ya que no sus riquezas materiales, pues éstas se habían disipado en sus empresas y sus aventuras como se deshacen en nuestras manos las alas de una mariposa.

Durante su residencia en Madrid abrió sus salones a los escritores y los políticos, como más tarde en París, donde ofrecía banquetes frecuentemente, y vino por última vez a la capital de España al finalizar el pasado siglo, cuando ya contaba sesenta y siete años, de cuya visita nos ha dado circuns-

tanciados detalles Melchor Almagro en su libro «Biografía del 1900».

Si los intelectuales y los hombres de la política española de su tiempo la hicieron objeto de las atenciones más delicadas, lo que le dió fama y popularidad fué su afición a una de las manifestaciones más decisivas de nuestras tradiciones nacionales: a nuestras corridas de toros, y singularmente en Andalucía, patria chica de su tercer marido, disfrutó por tal causa de una favorable corriente de simpatías, pues toda adhesión dimanada de cuanto atañe a las costumbres populares ha sido siempre eficaz para establecer una estrecha solidaridad de afectos.

Por eso, no es de extrañar que recibiera tan cálidas manifestaciones de cariño al presenciar aquellas dos corridas con que fué inaugurada la Plaza de Toros del Puerto de Santa María.

Por eso, y acaso también porque el imperio de la belleza no conoce rebeldes, de cuya prerrogativa disfrutó la Rattazzi, según cuentan, de un modo soberano.

Bajo su dulce tiranía, no sólo se entusiasmó la afición porteña, sino que el Gordito y Lagartijo estuvieron «como los ángeles», singularmente con los toros del marqués del Saltillo.

DON VENTURA

Los toros en el Extranjero

"A ESPERA de TOUROS"



Llegada o inicio de la «espera»



Entre dos fuegos



Momento culminante de la «espera»

el idioma, se creería uno en cualquier pueblo de Andalucía, porque no sólo las vestimentas producen este efecto, sino también el ambiente: las casas con sus dos pisos, pintadas de blanco o de diferentes y pálidos colores; sus fisonomías exteriores, sus balcones... todo.

Ya se acercan. El grito de «¡¡¡Os touros!!! ¡¡¡Os touros!!!» despierta el miedo y huyen en todos los sentidos procurando, sin razonar, el sitio que después no encuentran. Tropezones, encontronazos de éste con ése, de aquél con el otro, por ir más atentos y preocupados al tropel que se aproxima

que al sentido de la dirección que emprendieron: no ven al que va en contrario y en las mismas circunstancias que él. Mas no hay cuidado, no hay «bronca». Se paran, se miran estúpidamente, y comprendiendo al instante que son víctimas de su propio miedo, sosláyanse y siguen su carrera de ratón buscando el agujero que no encuentran.

Las mujeres y los hombres salen de los portales semiabiertos para quitar del peligro al marido, al hermano, al novio o al pariente que quiere hacer de la calle teatro de sus hazañas. Otros aguantan un momento más su nervosismo y miran con aire fanfarrón el alocado correr de los demás, pidiendo con la actitud y la mirada admiración por su valentía, sin que esto no quiera decir que al minuto emprendan la carrera.

Se entremezclan los gritos del pueblo al grave sonido de los cencerros, el sordo clamor de las pisadas de toros y caballos, las voces de los conductores estimulando al ganado, que envuelto en nubes de polvo se aproxima.

Divisanse las figuras esfumadas de los «campinos», con sus largas varas, los verdes barretes flotando al viento, la nota siena de las caras, las pinceladas blancas de las camisas, los brochazos rojos de los chalecos, los oscuros de las cabezas de los caballos... todo envuelto en redondas nubes de polvo que reverberan al fuerte sol del verano con sus brillos intensos, que arranca a los dorados metales de los «pampillos» de los adornos de los estribos y de los botones de los chalecos...

Sigue su avance la manada con los toros, apretándose unos contra otros, con los hocicos hacia delante, asustados de aquel tropel.

Aquí y allí, unos con chaquetas, otros con trapos, varas y sacos, pretenden llamarle la atención y cortar a la res de sus compañeros. Esto es, en síntesis, la gracia y el éxito de este San Fermín portugués: desmandar al ganado. No lo han conseguido, y siguen su marcha hasta la explanada, donde está situada la Plaza de Toros. De aquí vuelven de nuevo, repitiendo esta operación hasta que alguno amolda su carrera a la de los bichos, y cogiendo a uno por el rabo, tira, consiguiendo que, por fin, haga por él.

Ya está cortado. El toro, al verse aislado del resto, entra en la juerga, divirtiéndose también en dar trompazos y revolcones a diestro y siniestro.

A. MARTIN MAQUEDA

Fermín lusitano. En Alcochete se celebra en las fiestas del «Barrete verde y de las Salinas», en el mes de agosto.

La proximidad que las dos poblaciones tienen de Lisboa hace que se desplacen millares de aficionados, utilizando todos los medios de locomoción, y éstos son, al final, los que después llenan el circo taurino, ya que los indígenas de la primera, a pesar de ser el corazón taurino portugués, por pastar en sus campos la mayoría de las ganaderías bravas del país, no asisten al espectáculo.

A primera hora de la mañana, todos los que disponen de medios de transporte se trasladan al sitio donde pastan los toros, para ver el apartado de los que se destinan a la «espera», que no son, desde luego, los que se lidian en la Plaza por la tarde.

A media mañana, y una vez terminado dicho apartado, la gente se apresura a ocupar balcones y ventanas para presenciar el acontecimiento.

Como reguero de pólvora corre el grito de «¡¡¡Os touros!!! ¡¡¡Os touros!!!»

«Rúas» con talanqueras, con gentes enracimadas en ellas tapando las bocacalles transversales, y la destinada al paso de los toros, también llena de gente endomingada; muchos con barretes verdes, característicos de «campinos» y «forçados», portando varas, bastoncitos de junco y todas esas cosas que se venden en ferias y verbenas. Pescadores y marineros de los pequeños puertos que existen en los dos pueblos. Los que tienen una posición desahogada —y son muchos— se exhiben con el traje típico andaluz: guayabera o chaquetilla corta blanca, pantalón recto a media pierna, que deja ver los botos. Entre ellos, de no ser por

POSIBLEMENTE en épocas pasadas esta especie de encierro, que los portugueses llaman «espera de touros», sería más generalizada en todo el país, porque es el caso que ésta no se celebra hoy con notoriedad más que en dos sitios: en Vilafranca de Xira y en un pueblecito muy simpático que está situado a la otra margen de la desembocadura del Tago, un poco en diagonal al norte de Lisboa, que se llama Alcochete.

En la primera, llamada la Sevilla portuguesa, celebran las «esperas de touros» en los primeros días del mes de julio, durante las fiestas llamadas del «colete (chaleco) encarnado» y en las mañanas de los días de corridas, ya que, de no incluirla en programa los empresarios de la Plaza, protestan los villafranquenses, y a veces esta protesta les causa perjuicio a los organizadores; lo que quiere decir que es obligado allí este San

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

c. s. 150

LA LISTA NEGRA

Los toreros de la BROCHA

QUIEN es el Barbi?

—Nadie lo conoce.

—¿Y el Pititi?

—Tampoco sé quién es.

—¿Y el Virutas?

—Psch.

—¿Ni ha oído usted mentar al Niño de Coni, ni al Azulejo, ni al Morenito de Camas, ni al Niño de la Coja?

—No, señor; por mi salud que no.

Pues estos mocitos tuvieron sus tiempos de resonancia y de bulla. Sus nombres o sus motes llenaron las paredes de las casas sevillanas durante muchos días.

—¿Eran toreros?

—De arriba abajo. Pero toreros de los que han hecho votos de no llegar a viejos. ¡Qué plantel de mozos! ¡Más pintureros ni marchosos no los ha visto el sol de Sevilla! Tenían los ojos de azabache; el cuerpo, juncal; los andares, majos, y ¡una repajolera gracia!

Cuando se liaban al cuerpo el capotillo, era como la vitola de un cigarro puro de Vuelta Abajo, y cuando saludaban levantando la mano, tenían mucho señorío y gentileza.

Todos aquellos chavales aspiraban a la gloria y la fortuna. Eran los héroes futuros de oro y de seda que volverían locas a las muchedumbres en las Plazas, donde miles de pulmones zumbarían como trompetas de un enorme órgano glorificando al chava que se liaba el toro a la cintura como un aragonés la faja.

—¿Y dónde torearon esos fenómenos?

—Pues el Barbi, el Virutas, el Azulejo y sus compañeros —con sus hatillos a las espaldas, las gorriilas metidas hasta las orejas, sus pantaloncillos con más agujeros que la flauta de un pastor de la Serranía— se iban camino adelante, pisando la alfombra movediza de la marisma, en busca de alguna piara de toros. Antes de separar a un añojo de ojo vivo y de sangre caliente para hacerle una «faena», los toreros en agraz han descansado junto a un majuelo o viñado y se han hartado de uvas de esas que hay que comer antes de que se hagan pasas. Y si hay cerca una higuera, le levantan los torerillos la falda de las hojas y les van quitando los zarcillos de los higos. Unos sorbos de agua de un regato, y ¡al trabajo, ferno, que viene el invierno!

A un novillejo de buena lámina, que campa lozano por los andurriales del cercado, lo va a torear ahora uno de los muchachos; pero el animal lo mira y se marcha, dejando al torerillo humillado. El chava lo azuca y lo torea, poniéndole el trapo en el hocico y sacando el pecho para que pasen las flechas de los cuernos.

Ahora las agujas de la bestia rozan la blusilla del flamenco. Muge, retoza y da corcovos el torillo. A cada envite levanta el animal una tolvanera de tierra. No puede negar la casta. Y en tanto los to-

rereros, uno tras otro, extienden sus capotillos y eluden con arte las acometidas del bicho, la madre, la vaca más brava de la piara, dormita echada sobre un montón de hojarasca.

Después de torear, unos a otros se felicitan, estrechándose las manos.

—Tú le has echao una jartá de való, Azulejo,

—Pues tú te has arrimao al toro hasta sacarle brillo con la blusa, Virutas.

—Pa faenón, el de Morenito. ¡Qué pase! ¡Qué temple! Podía uno di a Sevilla y gorvé y toavía no había pasao el toro.

Cada uno comentaba con elogio la faena del otro, para que el otro comentara con elogio la suya.

Y después de hacer estas faenas en los cerrados andaluces, los torerillos caían sobre la ciudad sevillana. ¡Qué lástima no tener quien contara sus proezas! ¿Cómo romper la muralla del anónimo? ¿Dónde estaba el cronista taurino que relatará sus hazañas, espolvoreándolas con palabras de esas que hay que buscar en el Diccionario? ¿De qué vale el valor si no se grita y vocea en la calle? El éxito es ruidoso y vocinglero. ¿Qué hacer para que el público los conociera y los pusiera por las nubes?

¿No pregonaba cada uno su mercancía en el mercado o en la plazuela hasta desgañitarse? ¿No ponía aquél un cartel en la fachada, o un anuncio luminoso, o un reclamo?

Después de apretarse un rato la barbilla y de dar pataditas en el suelo, se le ocurrió una idea la Barbi.

—¿Queremos ser famosos?

—Sí.

—¿Queremos tener brillantes como nueces?

—Sí.

—¿Queremos que las gachís nos miren como si vieran un portentoso, y que nuestro nombre llegue a lo alto de la Giralda?

—Sí.

—Pues esta noche, cada uno de nosotros cogerá un cubo de pez y una brocha, ¡y a llenar toa Sevilla con nuestras hazañas y nuestros nombres!

Dicho y hecho. Al día siguiente, en las paredes de la ciudad del Betis, en las murallas, en los porches, en los esquinas, se leían estos letreros de absurda ortografía:

«¡La fision pide que toree er Birutas!»

Y más abajo:

«¡Viva el Pititi!»

Y en la pared de enfrente:

«¡Pa fenómeno, el Niño de la Coja!»

Y otro:

«¡La fision sensata quié ver atoreá al Azulejo!»

Sevilla se convirtió en una intensa plana de anuncios de estos toreros en ciernes.

Los turistas extranjeros leían estos anuncios y llamaban a un guardia diciéndole —después de leer el Diccionario bilingüe— que ellos querían comprar aquel Azulejo tan renombrado o conocer al caballero Barbi...

Los torerillos seguían escribiendo en las paredes sus nombres. Con sus cubos y sus brochas se les veía, hasta de día, entregados a la tarea del reclamo en las fachadas.

Los guardias los persiguieron tenazmente, y cuando los cogían embadurnando la pared, los metían en la cárcel. Pero los «fenómenos» no cejaban en su intento de llamar la atención de las gentes por el único medio que tenían a mano.

¿Cómo cortar la negra hemorragia que tenía de sucios trazos las paredes de los palacios o las de las blancas casitas sevillanas?

Un concejal pidió en el Ayuntamiento fuertes castigos para los audaces torerillos. El alcalde prometió acabar con la «vergüenza de los letreros».

Se extremó la vigilancia. Muchos fueron a la cárcel; pero los letreros ignominiosos seguían ensuciando las calles de Sevilla.

«¡Viva er Niño de Coni!»

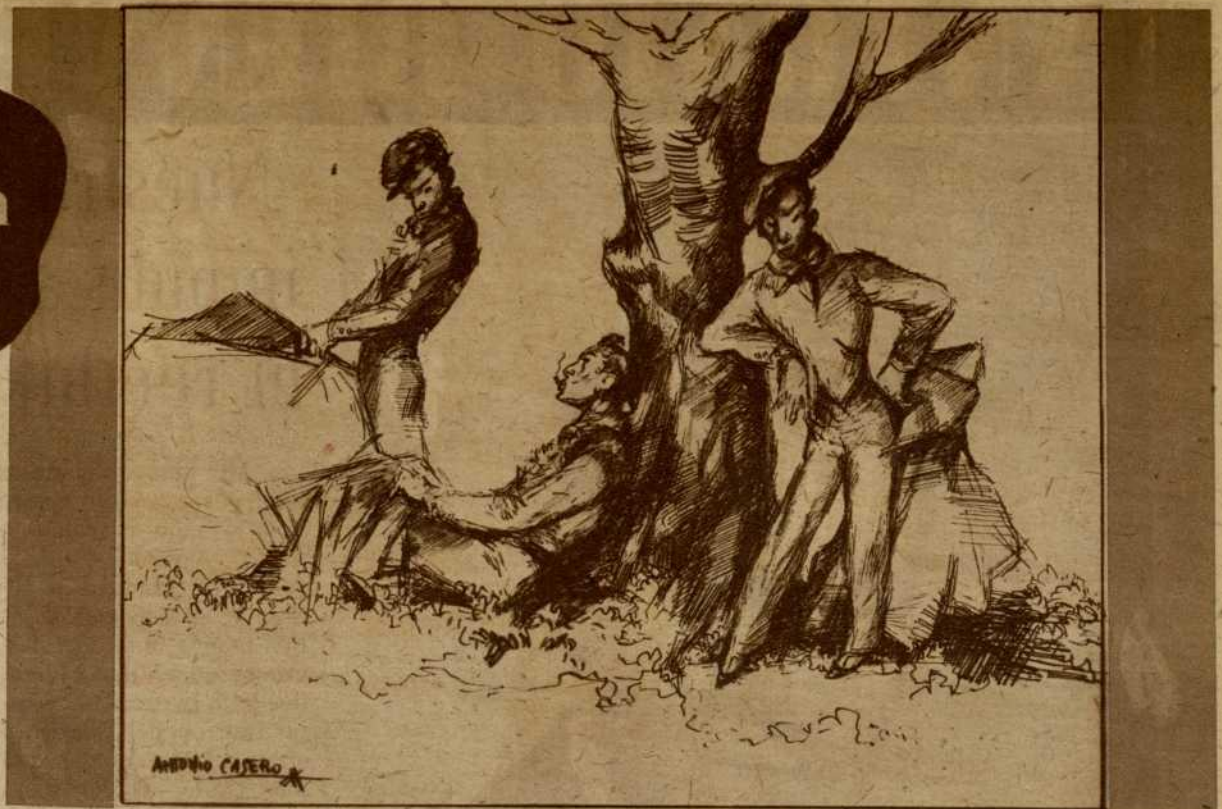
Un día todos los periódicos sevillanos publicaron en sitio muy visible esta gacetilla:

«A ruego de la Empresa de toros de la Real Maestranza de Sevilla, han sido dadas las órdenes oportunas por el señor alcalde a la Guardia municipal, para que ésta proceda en el plazo de tres días a formar una lista con los nombres de los «diestros» que en vallas y fachadas solicitan su debut en la Plaza de Sevilla. Esta lista será entregada al señor empresario de esta ciudad para que saque copias de ella y las remita a todos los empresarios de España, a fin de que de ninguna manera puedan ser contratados estos «toreros» en tierra española.»

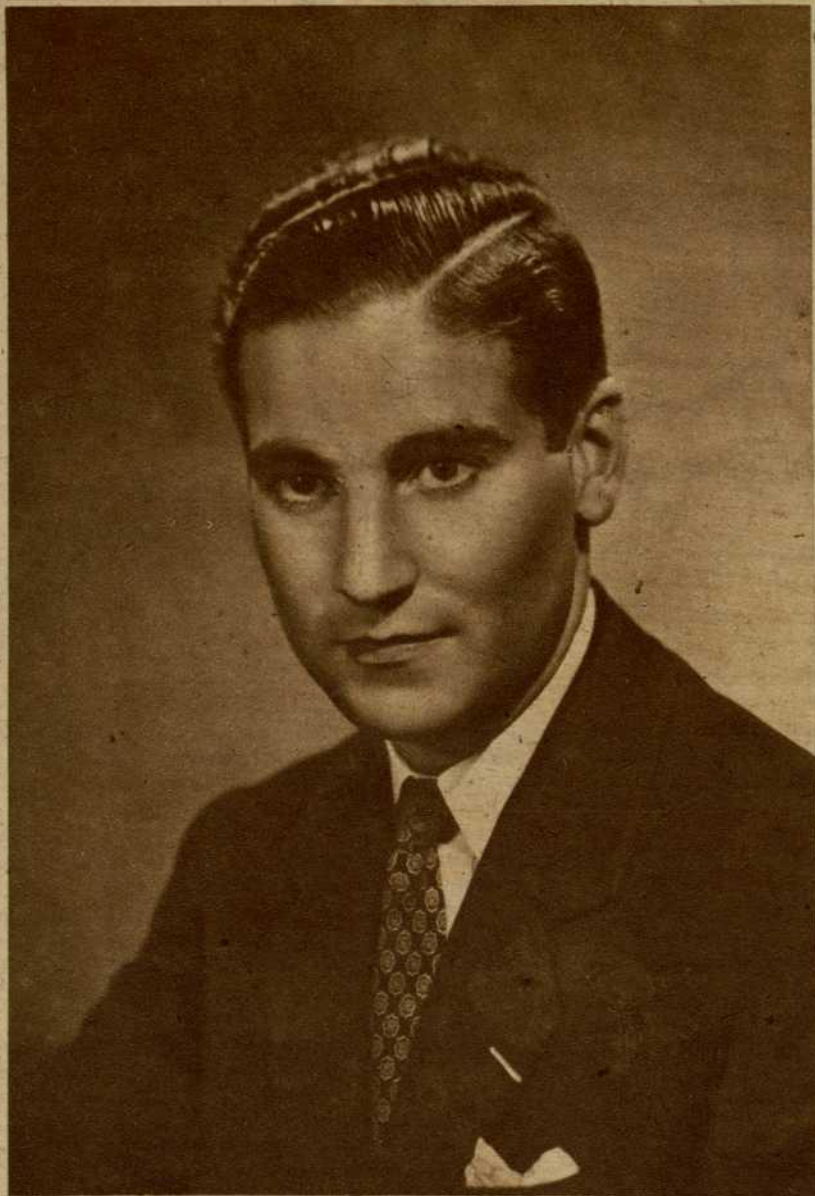
En las tabernas donde se reunían los «fenómenos» se formó un gran alboroto. Algunos se tiraban de los pelos; otros tachaban de «mala sangre» al que había tenido aquella idea; otros estrujaban el periódico y lo pateaban... ¡Qué crueldad! ¿Por qué no nos han de dejar hacer a nosotros esta propaganda?

A carne de perro, diente de lobo. Aquella noche, los mismos torerillos que habían pintado las paredes, llenos de dolor y de amargura, cargados con un cubo de cal y un escobillón, limpiaron las fachadas. ¡Con qué pena borraron sus nombres! Las manos de aquellos héroes, en vez de entintarse de sangre de toro, se llenaron de cal, y los dedos hechos para coger billetes o apretar la muleta, agarraron la vil aljofifa... Algunos, como el Virutas, no tuvieron valor para borrar del todo sus nombres, y dejaron intácta una letra: «B».

JULIO ROMANO



ANTONIO BIENVENIDA Y SU



«Nuestra hidalga condicion nos impide a los toreros hispanos el recibir limosnas de nadie»

—Me creí obligado a ello, por ser yo el torero más sencillo y más modesto, ya que su salida de tono nos afectaba a todos, y en especial a los que hemos tenido la desgracia de actuar obligados bajo la égida del Grupo taurino del Sindicato en un asunto noble, y que más tarde la ofuscación interesada ha hecho enojosa. Pero mi réplica fue intrascendente. A Carlos Arruza, quien, dicho sea ante todo, no tiene de nosotros, y de mí en particular, más que admiraciones, habría que contestarle muchas cosas a otras que él autoriza publicar, en un monólogo que acaba por ser altamente incómodo para los que nunca nos hemos permitido la menor libertad de juicio cerca de ningún torero.

Por una sola frase mía, expuesta en Méjico,

alusiva a mi estimado compañero Procuna, por poco me cuelgan los mejicanos. ¡No quiero recordarlo! ¡Daba miedo leer aquella Prensa!

Y aquí, en cambio, no sólo se te airea, sino que se toma como bandera para hacernos impopulares delante de nuestro mismo público.

Un día, Carlos afirmó despectivamente que el convenio taurino era una monserga. Y yo le diría a Arruza: Cuando vino a España, ¿vino en virtud de dar todas las tardes treinta y tres naturales, o vino acogido a ese convenio que ningún matador de toros español de los actuales sugirió, ni redactó, ni firmó? Porque quiero recordar que, días antes de darle yo la alternativa en Madrid, había vendido todos sus trajes en Lisboa, según una información de propaganda, dispuesto a abandonar su profesión.

Ahora llena todas las columnas de los periódicos de provincias con estas declaraciones:

«Madrid, 14.—En relación al pleito entre los toreros españoles y mejicanos, el diestro mejicano Carlos Arruza ha manifestado a uno de los redactores de la Agencia Cifra que, como parece ser, según ha podido deducir de las distintas informaciones recogidas, que la principal causa de la ruptura es el número de corridas que él puede torear, ha decidido descansar esta temporada y *renunciar en favor de los toreros españoles a todas las corridas que pudiera contratar.* «Esta decisión —añade— podrá contribuir al arreglo del pleito, y con ello me daré por satisfecho, ya que deseo de corazón que las relaciones entre todos los toreros mejicanos y españoles sean en todo momento de plena cordialidad.—Cifra.»

Basta con su lectura para descubrir una fácil manera de equivocar a los lectores, haciendo opinión desafecta a nosotros. Y eso no vale. Mejor dicho, no debía valer, en el concepto de una ligera y perjudicial propaganda en contra de los toreros españoles. Eso debiera quedarse exclusiva-

mente para el colaborador de Radio España. Primero, porque nadie ha podido demostrar que la principal causa de la ruptura sea «el número de corridas que él haya podido torear», ya que ni toreando ciento cincuenta corridas, todavía le quedaba margen para torear cien más en el límite que el Sindicato ha marcado, habida cuenta de que el espada mejicano, por su indudable mérito artístico y comercial, podía fácilmente llegar a esa cifra, jamás batida por ningún torero, actuando en todas las organizaciones que se toman por base; lo que equivaldría a un perjuicio para sus compañeros de Méjico, nunca para los españoles, que tendría que acompañarles en los carteles de esa cifra récord obligadamente.

Segundo, que su decisión de descansar esta temporada no es una decisión normal, ya que ella, si se confirma, no obedece a su propio impulso, sino a la consecuencia de haber roto Méjico toda relación, perjudicando a los españoles que se encontraban allí.

Mal puede decidir él un descanso que le ha sido impuesto por la Unión de Toreros Mejicanos. Y tercero, y lo más mortificante, que «eso de renunciar en favor de los toreros españoles a todas las corridas que pudiera contratar» es una insolencia que ningún español puede torear. Porque nuestra hidalga condición no nos permite a los toreros hispanos recibir limosnas de nadie. Gracias, por mi parte, desde estas columnas de EL RUEDO, a su esa «renunciación».

—Te encuentro dolorido por estas incidencias informativas.

—Me duele, no que Carlos Arruza se preste a echarnos el público encima, que, ofuscado o no, está en su derecho, por el solo hecho de ser huésped de honor nuestro, sino que se aliente esa división por quienes olvidan, al reproducir esas cosas, que están en España, sintiéndose más en Méjico.

—¿Cómo podría renacer en el panorama taurino ese equilibrio tan necesario en estos momentos?

—Bastaría con ajustarse a la verdad y no emplear como arma la mentira. Después de oír Radio España el domingo último, se llega uno a descorazonar, y llega uno a sentir rubor de sus más altos sentimientos.

—Bueno, Antonio, ¿y no crees tú que todo esto lo arregla el toro?

—¡¡Indudablemente!! A unos nos eleva a la gloria; a otros nos echa a la cama, y a los más, al olvido; en tanto los que saltan detrás de nuestra generosidad, se hacen millonarios, sin vestirse de torero, preparan trust y campañas de difamación contra el torero. ¡¡Y precisamente con nuestro propio dinero!! ¡¡Y a espaldas del público, a quien ahora se nos quiere enfrentar, desorientándole con demagógicas frases y con manobras oscuras!!»

—Te confieso mi extrañeza. Jamás pude suponer que en tu serena objetividad pudiesen refugiarse estas contundentes apreciaciones.

—Porque soy un torero a cuerpo limpio. Que es lo más difícil que se puede ser en el toreo.

Y pusimos punto final a nuestra charla, porque el gesto de Antonio Bienvenida, siempre amable, modesto y risueño, aparecía con un rictus de gallarda soberbia...

EN este apasionado clima, en que el espectáculo taurino parece acomodarse al despuntar la temporada, nada más amable para el buscador de noticias e impresiones que acogerse a esa habitual serenidad que presta con sus palabras a sus juicios Antonio Bienvenida. Lo que él nos diga podrá ser o no ser de interés, pero siempre será dicho en un tono de firme cordialidad, como de palabra medida y justa, enemiga del farol y de la excentricidad. Su conversación, como su toreo, parece hecha al natural. Y de ella hemos querido gustar en este diálogo extenso como su propósito.

—¿Qué te ha parecido —inauguramos las preguntas— ese reto de Pepe Luis Vázquez a Manolete recogido por toda la Prensa?

—Muy en consonancia con el momento, ya que ha respondido a un agravio de Manolete; agravio que es seguro que a su llegada Manolo se apresure a rectificar. Y por lo que tiene de gesto, ¡magnífico! Los gestos en el toreo engendran una encendida pasión, necesaria para el subsistir de la Fiesta.

—¿Estás conforme con este ambiente de pasión que hoy parece rodear a todo cuanto se relaciona con el toro?

—Sí. Lo que repugno, por estéril y nocivo, no es la pasión, sino la ofuscación. Y bajo este mal signo, nada práctico se puede deducir. Por obra e impulso de ofuscados, que con la careta de una mala pasión vos enfrenta con la sana opinión, se trata de dividir a los toreros españoles poniéndoles fronteras lejos de sus más caros sentimientos. Y a eso no hay derecho.

—Ya he visto cómo replicaste a Carlos Arruza... el otro día.

NATURALIDAD EN EL TOREO

Un pase natural de Antonio Bienvenida



Ambera

EL SOLDADO, EL CALESERO y FELIX BRIONES
 lidiaron en la corrida del día 2º de marzo reses de Coaramalucan
LA ENTRADA FUE MUY FLOJA



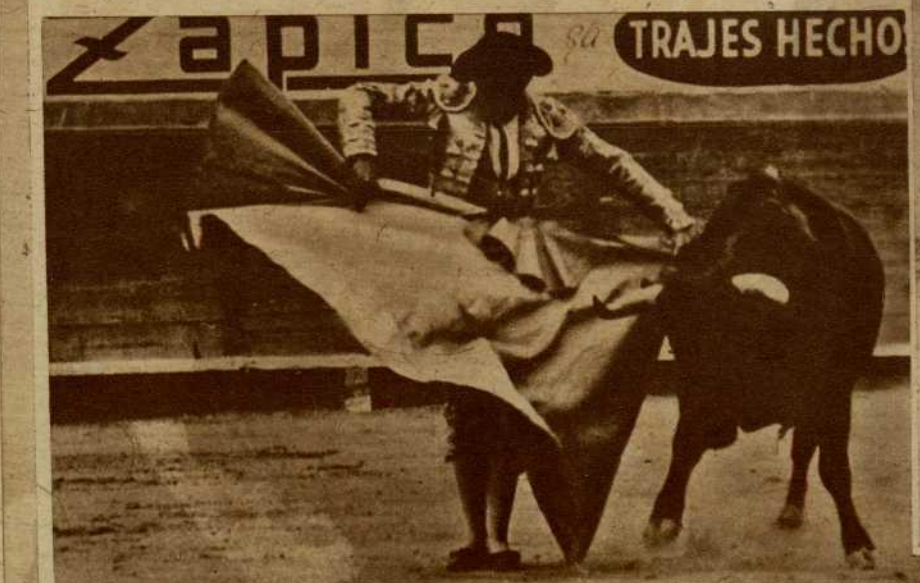
La temporada de toros en Méjico está a punto de acabar. Salvo excepciones —y éstas han corrido a cargo de los toreros españoles Manolete, Ortega, el Choni, Morenito de Tavera—, el nivel artístico ha sido muy bajo. Y el económico, desastroso. La Plaza Monumental se ha llenado muy pocas veces. Desde luego, la entrada fué muy floja en esta corrida, en que alternaron —ya los mejicanos solos— El Soldado, El Calesero y Félix Briones. Pero con ese cartel, ¿quién iba a ir a la Plaza? El Soldado muletea por un lado, y el toro embiste por otro



Un pase de El Soldado al toro en el suelo



Pero, ¿qué les pasa a estos toros de Coaramalucan? Porque el matador —El Soldado— aun tiene el estoque en su poder. Como puede verse en la fotografía



Ahora está en danza El Calesero. El lance no aparece perfectamente definido. ¿Qué va a ser? ¿Una chicuelina? ¿Una navarra? ¡Psch!



Aquí está El Calesero en otra suerte rara. Quiere ser, sin duda, una larga afarolada; pero lo que sea carece de estética



Menos mal que ahora El Calesero, con la muleta, se ciñe...



Esto parece más claro. Es el remate a un quite, aunque el ajuste con el toro dejó mucho que desear



Otro pase por alto de El Calesero



Félix Briones traduce con la capa el pase «viendo al público»



Félix Briones en un muletazo ayudado con la derecha



Briones en un pase de rodillas marcando la salida sin demasiado temple

Un afarolado de Félix Briones, con poca intensidad luminica (Fotos de «Cifra» y «Estos», de Méjico, exclusivas para EL RUEDO)

ANICETO PEREZ TOLEDO

nos dice una milésima parte—según confiesa—de cuanto se puede hablar sobre la Fiesta nacional



EL jefe administrativo de la Casa de Socorro del distrito de la Universidad, don Aniceto Pérez Toledo, no quiere decirnos abiertamente que es un gran entendido en cuestiones de tauromaquia.

Todo inútil, señor Pérez Toledo. Hay muchas cosas que le delatan: esas fotografías, la colección de EL RUEDO, que tiene usted ahí tan bien encuadernadita... No intente disimular.

Y él se excusa:

—No quisiera hablar de mí porque tengo cierto temor a que mi opinión pueda no interesar a los lectores de EL RUEDO. Pero, ya que usted me lo pide —para usted y para la Revista—, ahí va algo de lo que puedo decir del ayer y del hoy de la fiesta nacional, difícil de entender y de saber detallar sus pormenores. Recuerdos de juventud, que perduran para siempre conmigo, porque el recuerdo es lo que nunca puede morir.

—Y que el suyo, seguro, será interesante. ¿Quiere que empecemos hablando de sus comienzos?

—Pertenezco a esa generación en que la chavalería taurina triunfaba ante la admiración de cigarrerías, lavanderas, albañiles y gente del pueblo, en las plazas madrileñas, que bien podían ser el Portillo de Embajadores, la cabecera del Rastro, la plaza de la «Cebá» o las calles de Encarnación, Dos Hermanas, Abades, San Cayetano, etc. Los domingos, con más libertad, para nuestras hazañas, era en las Plazas del Bonifa, la China o Terol, donde poníamos de relieve el valor, enfrentándonos con los cornúpetas, ya torreados, que allí se corrían.

—¿Y cómo nació en usted la afición por esas correrías taurinas?

—Soy madrileño cien por cien, nacido en una finca nuestra donde se albergaba el ganado, entre éste, el bravo, destinado al sacrificio en el Matadero. En esta finca hacían acto de presencia, en plan de entrenamiento, toreros amigos de mi padre, los de más relieve a principios de siglo... Esto quiere decir que, desde mi lactancia, el virus taurino me inoculó el alma y la visión, y ambicioné un puesto favorito en el arte taurino: cosa vana, ya que al alcanzar la edad de comenzar

estudios a éstos tuve que dedicarme, no sin saborear muy a menudo las palizas familiares por mi conducta novilleril para con las Escuelas donde cursaba mis estudios, abandonados por mor de los toros y de mi amistad con Marcial y

Pablo Lalanda, a los que quise acompañar en el arte de matar toros. Con los Lalanda, Fausto Sarajaz, Isidro Ballesteros, Alfredo Guairán, Manuel de la Plaza..., comencé, en el ruedo del viejo coso madrileño, los entrenamientos. Pero nada más que esto, porque anunciado para actuar de banderillero, y como prueba sería, en Ocaña, el día de Pascua de Resurrección del año 1918, con Marcial y Pablo, el domicilio paternal se convirtió en una O. N. U. familiar para adoptar medidas que impidiesen mis aspiraciones coletudas. En fin, todo se quedó en anuncio y truncada mi ilusión de vestir y lucir mi entera figura el vestido verde y plata que el señor Santiago, suegro de Andrésito del Campo, Dominguín, me probó para mi debut. Si a esto añade usted nuestra amistad con Vicente Pastor y familia, puede hacerse idea de mi sueño... despierto. Sepa que antes, para las familias acomodadas, el pretender ser torero era aspirar, salvo rarísimas excepciones, a la categoría de «vago», «golfante», etcétera.

—¿Y desistió definitivamente?

—Vista la imposibilidad de ser torero, hube de resignarme a ser mero espectador de las corridas que se celebraban en los cosos de Vista Alegre, Tetuán o Madrid; espectador exigente, desapasionado y... defensor del «lalandismo».

—¿Cómo empezó usted a escribir cosas de toros?

—Decidí escribir de toros, y así lo hice, en semanarios de «guerra», como el *The Times* (con el gran Paco Ramos de Castro y Vandell); *Torerías*, con los simpáticos y traviosos hermanos Velasco; *La Reclam Taurina de Valencia*, con Manuel Soto Lluch; *La Lidia*, *Sol y Sombra*, y otros de Barcelona. Hice un libro a Pablito Lalanda, y con Silva Aramburu y Juanito Cabezañi vió la luz pública un semanario que titulamos *Felipe...*; nombre que desde el tendido 4 de la Plaza vieja lanzaba, con voz estentórea y extraordinario aguante, un aficionado, que competía en significación taurina exigente con los célebres «segadores»; detalles de aficionados pintorescos que hoy no existen, porque ha desaparecido la solera de la fiesta.

—Entonces, ¿usted cree que ha decaído la afición?

—La fiesta de los toros se ha mixtificado. Hoy se va a la Plaza sin emoción, pensando en la caída de los toros más que en los batacazos de los picadores; comentando si las reses habrán sido objeto de lo que llaman el «saco» o el «afeitado». ¡Hasta los matadores se van restando brillo de llamares! ¿No se ha dado cuenta de esos trajecitos cubistas que algunos lucen para restar peso?

—¿Qué importancia concede usted al toro?

—Sin toro, que es el elemento primordial que da emoción a la fiesta, no hay fiesta. Habrá, más o menos, «bugui-bugui», que es lo que hoy se es-



J. J. J. J.

tila. Yo quisiera tan sólo el toro que lidiaban estas medianías (?) de Varelito, Marcial, Litri, Maera, Gitanillo de Triana, Gitanillo de Ricla, Nacional II, Valencia II, Márquez, Villalta, Félix Rodríguez, Ortega —en su primera época—, etc., etcétera. Y como prueba elocuente de la poca importancia que tiene hoy el toro, ahí tiene usted el pase moderno «mirando al tendido», como dicen: «¡Aquí no pasó nada!». Y es verdad.

—¿Y de los picadores de ahora? ¿Le dan pena los caballos?

—Los petos sobran. La fiesta es bella por lo que tiene de emotiva. Con los petos se resta emoción y arte a una de las suertes más bonitas, difíciles de ejecutar y necesaria, según el toro que se lidie... ¿Pena por el caballo? Después de tantas monstruosidades como sabemos de seres humanos... Yo quiero la fiesta con todo el barbarismo de que la motejan los sensibles.

—¿A qué achaca usted principalmente el decaimiento de la afición?

—La fiesta está mercantilizada. En contra de la opinión de muchos, la veo en baja.

—¿Qué suerte es la que usted prefiere?

—La de matar, más que ninguna. Fortuna Varelito, Martín Agüero... Es la suerte suprema, viril, grandiosa, bella, arriesgada en grado sumo y la más difícil. Presenciar la muerte de un ejemplar, ejecutando la suerte a la perfección, es el instante único en que la masa, por su propio impulso, merced a la emoción del bello momento, se levanta con grito de entusiasmo y admiración hacia el verdadero matador de toros. ¡Pobre suerte y en qué olvido se halla!

—Y ese verdadero matador de toros, ¿quién puede ser, por ejemplo?

—Dispénsame que no conteste concretamente a esa pregunta. Ponga el nombre de Juan Belmonte, y nada más. Ese ha sido el verdadero monstruo.

Y así termina cuanto de interesante en cuestión de toros nos ha dicho don Aniceto Pérez Toledo.

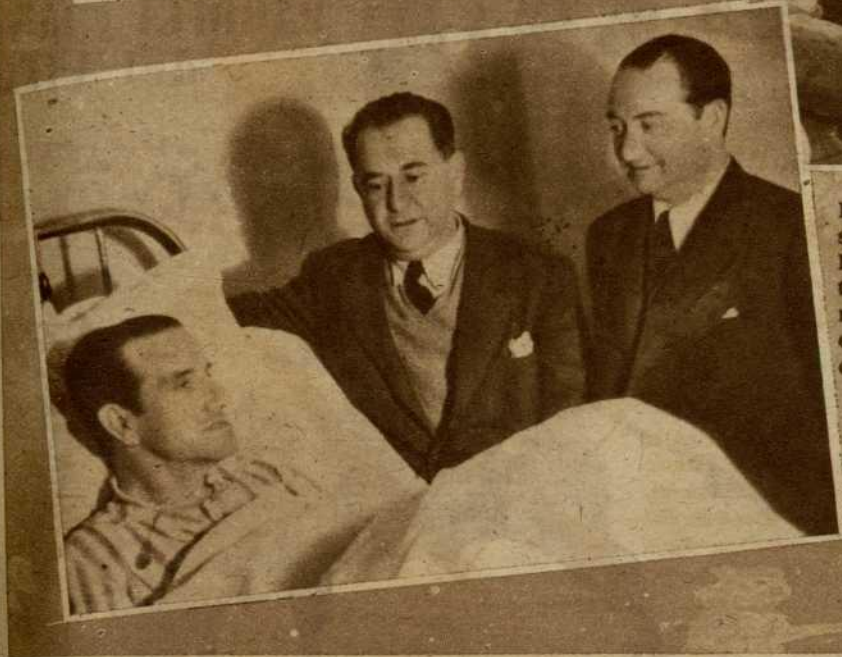
EL NOBLE AFAN DE SOBREVIVIRSE...

BELMONTE,
otra vez herido...



Estampa de ayer... Juan Belmonte sale en hombros de la Plaza de la Maestranza de Sevilla... Es cuando todavía están próximos los días de miserias y trabajos... Cuando aun es muy lejana la perspectiva de los cortijos y los caballos y los toros bravos propios

Estampa de hoy... Juan Belmonte está otra vez herido en la cama. Y leyendo. Pero todo lo que aprendió en la vida y en los libros no le quita el noble afán de sobrevivirse, como lo que fué la gloria de su vida: torero...



CASI treinta y cinco años —toda una vida— separan los momentos captados por las dos fotografías de estas páginas.

Ved en una, a Juan Belmonte llevado en hombros después de su primer triunfo como matador de toros en el ruedo de la Maestranza de Sevilla. El breve grupo que centró el objetivo tiene el vigor de un cuadro de época. Podía decirse, al modo añejo, que es representación de «estamentos sociales».

Junto a los tricornios de la Guardia civil, el «canotier» de paja del señorito, los sombreros anchos de los artesanos y las gorrillas de los chavales de la plebe. El rostro de ese cornetilla que, con el ros caído hacia la nuca, mira en pasmo al torero, es un poema de muda envidia, de idólatra admiración.

Y como fondo, los cocheros de Sevilla, que eran los mejores del mundo.

La «jardinera», el clásico «coche de los toreros», se va a quedar vacía, porque a Juan Belmonte se lo llevarán en hombros hasta Triana.

Pero en el rostro cetrino y prognático del ídolo hay una profunda exposición de tristeza, como de resignación fatalista.

¿Por qué? Su nombre tiene ecos triunfales en todos los ámbitos de España. Pero acaso están todavía muy cerca los días de miseria y trabajos, de caminatas ásperas soñando glorias circenses y envidiando cortijos.

Ya le llamaban «Belmonte el ídolo», y el «fenómeno», y el «Pasma de Triana», y «Terremoto».

Pero también le llaman «Belmonte el misterioso» y el «trágico», y dicen, los que saben de eso, que, como él toreaba, «no se puede torear». Y allá en Córdoba, Guerrita, el Califa, ha dicho esta profecía que es una sentencia:

—El que quiera ver torear a Belmonte, que se dé prisa...

Si Guerrita acierta, ¿qué importa el triunfo de esta tarde abriñena en la onza de oro que es el ruedo de la Maestranza? ¿Para qué el sueño de cortijos propios, y caballos finos, y toros bravos, si la gente se da prisa en llenar las Plazas porque las empuja un morboso presentimiento de tragedia?...

Han pasado treinta y cinco años... Juan Belmonte está otra vez herido en la cama. Ha sufrido un percance de jinete. Fué en uno de los cortijos de su propiedad: «Gómez Cardeña». Cuando, a lomos de uno de sus buenos caballos, acosaba «en pareja» con su hijo —torero famoso— unos becerros que llevaban el hierro de su ganadería propia.

Afortunadamente, Guerrita no acertó en su lúgubre profecía. Juan Belmonte, traspuesta la línea de los cincuenta años, y más vigoroso y ágil que cuando le decían que no podía ser torero porque tenía

«las piernas de trapo», tiene desde hace ya mucho tiempo haciendas camperas y toros propios. Y cuando le ha ocurrido este percance, le ha llevado a hombros, hasta el caserío de la cortijada, su propio hijo, que es también un gran torero...

Pero Belmonte «está en la cama». Una vez más a lo largo de treinta y cinco años, y también «por culpa del toro», que, hasta cuando es becerro y sin poder, significa un peligro. ¿Por qué Belmonte, sobrepasado el me-

dio siglo de vida, sigue acosando y derribando reses y además rejoneando y toreando a pie novillos, siquiera sea en corridas y festivales benéficos?

Hace dos años, en su tertulia matinal de un café de la sevillanísima calle de Tetuán, decía Juan Belmonte:

—Este invierno he hecho un descubrimiento que, aunque tardío, es posible que me sirva de lección. A mí me gustan el campo y los toros. Lo que más me distrae es andar entre ellos, llevarlos de un lado para otro, tomar parte en las faenas, acosar, derribar... Este año he tenido en mi cortijo como «alojados» dieciséis becerros de media casta, propiedad de un amigo. Autorizado por éste, me he cobrado el «hospedaje» no dejando en paz a los bichos, que me han dado mucha guerra... Y ahora pienso si no habré cometido un error echando sobre mí la responsabilidad de hacerme rico y tener empleados en gamado cuatro o cinco millones de pesetas... Porque con dieciséis becerros de poca casta, que valen otros tantos miles de pesetas, he pasado el invierno divirtiéndome, que es lo que yo pretendo...

No, don Juan Belmonte García, ¡no! Usted, no obstante sus cincuenta años largos, acosa y derriba, y «hace el tentadero» de sus reses, y actúa en espectáculos —no importa que sean benéficos—, simplemente porque no se resigna —y hace muy bien— a dejar de ser torero. Todo lo profesionalmente retirado que usted quiera, pero ¡torero! Ha dicho el maestro Benavente que «el arte no se resigna a envejecer, y para parecer niño, finge balbuceos».

Usted, Belmonte, sigue «andando entre los toros», aun a costa de percances peligrosos, porque no quiere envejecer.

No es por divertirse. No es por obligación. Es por esa noble rebeldía que todo verdadero artista siente contra lo que signifique anonimato, oscurecimiento... Quien ha saboreado —aunque fuera sólo por una vez— ese licor ardiente de la gloria, de la popularidad, de los aplausos, no se resigna nunca a la sed...

Ignacio Sánchez Mejías, que además de un gran lidiador era «nada menos que todo un hombre» —y un hombre muy inteligente—, decía, en una época en que Belmonte y él estaban apartados de la profesión taurica:

—Gallito, muerto en la Plaza de Toros, sigue viviendo más que Belmonte y que yo, que estamos retirados. Porque José vive en el recuerdo y en la historia...

E Ignacio volvió a los toros, para recibir una cornada mortal... Para incorporarse, como era su aspiración, a la historia, y lo que es mejor, a la leyenda, al romance de los toreros...

Era el noble afán de «sobrevivirse», de transmontar la actualidad de la fama, de no ser olvidado... El mismo amor a la gloria que a usted, don Juan Belmonte García, le tiene otra vez herido en la cama, cuando, tanto como en cumplir sus deberes de dueño de cortijos y ganadería brava pensaba, seguramente, en «entrenarse» para volver a escuchar en las Plazas el estruendo halagador de los aplausos...

Ni a las mujeres bellas, ni a los artistas verdaderos, se les eliminará nunca de la sangre ese dulce veneno de la Fama, esa dramática coquetaría de «sobrevivirse»...

SANTIAGO MONTOYA

XEREZ-QUINA

EL APERTIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

LA PRIMERA CORRIDA DE LAS FALLAS

○
Luis Miguel Dominguín, Parrita y el Vito, con cinco toros de Galache y uno de Natera



Luis Miguel Dominguín, Parrita y el Vito, hacen el paseo

LUIS MIGUEL, que ganó la primera oreja de temporada, resultó cogido en su gran faena al cuerno

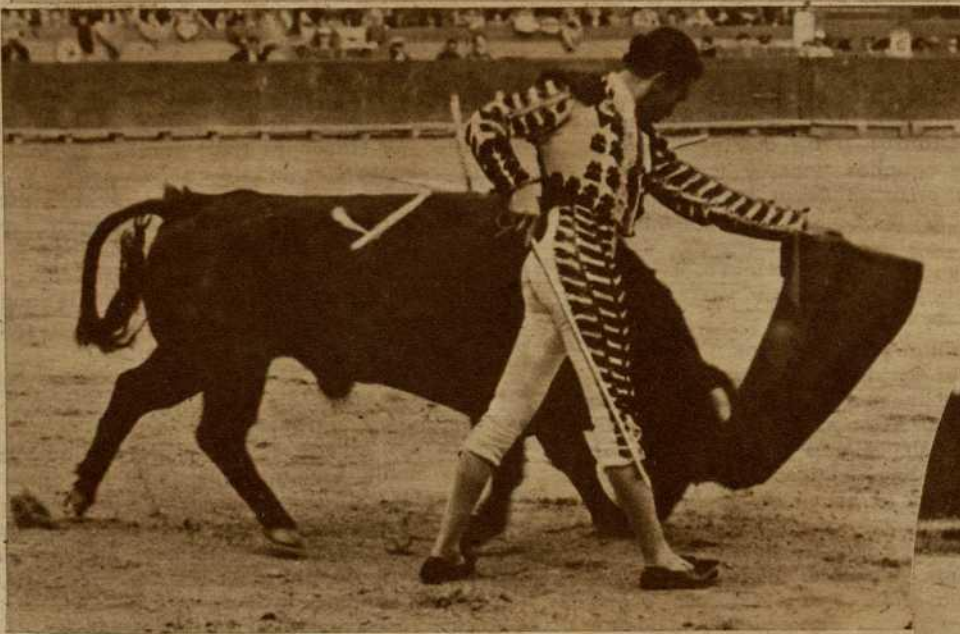
○
La buena muleta PARRITA y la valentía del VITO



El primer lance de capa que da este año Luis Miguel, es también el primero de la temporada taurina valenciana

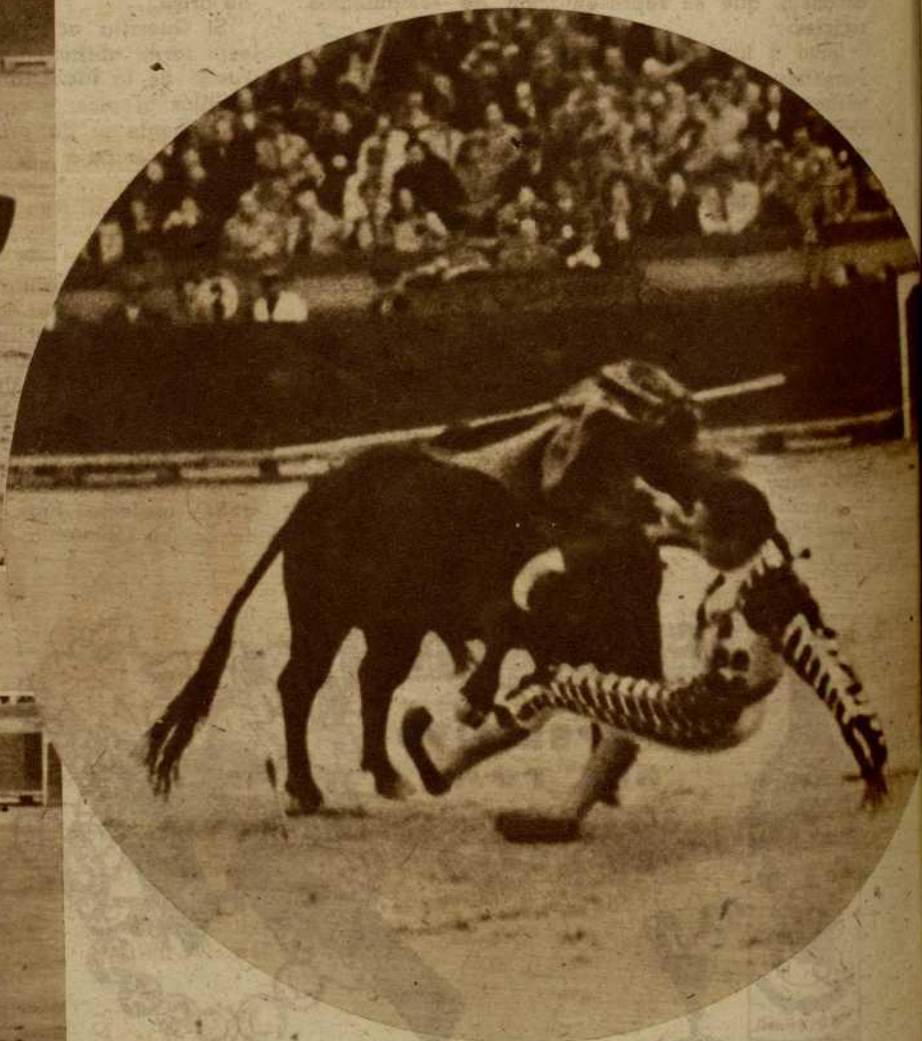


Luis Miguel Dominguín toreó así, al natural, al toro de Galache que le cogió



Un gran pase de pecho de Luis Miguel Dominguín

Un templado muletazo con la derecha de Luis Miguel



Al rematar un pase de pecho, Luis Miguel resbaló y el de Galache le cogió en el derrote



El ministro de Trabajo, José Antonio Girón, y su bella esposa, presencian la corrida. Les acompaña el gobernador civil de Valencia



DE LA «PLANTÁ» A LA «CREMÁ» Y LA LUMINOSIDAD DE LA TRACA

(Crónica de nuestro Director.) — La temporada empieza a gran tren. La savia nueva de los valerosos taurinos más recientes es jugo y fortaleza en el álibol secular del toreo hispano.

Esta primera corrida de las fallas es ya la gratificación de una cosecha magnífica. Se ha hecho bien el toreo y se ha hecho el toreo con emoción. Como una paráfrasis de las fallas, que por algo estamos en Valencia, y en las famosas fallas de San José, hemos ido de la «plantá» —arte plástico de la muleta de Parrita— a la «cremá» —fuego de su valor de Luis Miguel Dominguín—. Ante el comienzo y el fin de unos festejos únicos —como es único el festejo de los toros—, la traca, chisporroteante, rápida, sonora y alegre, del Vito.

Todo esto sin que los toros —que dieron un promedio de 258 kilos— facilitasen la labor de los toreros. Los de Galache acusaron poca casta y mal estilo. El único medio alegre fué el tercero; el primero no embistió ni poco ni mucho, y el quinto fué hasta peligroso.

Luis Miguel Dominguín cortó la primera oreja de las fallas. Pero eso no es todo. Tuvo el gesto, que cuando se produce es ya la definición de una conducta. Herido de gravedad al quedar atropellado, de tan «cerca», a la salida de un pase de pecho, continuó toreando con la misma decisión y el mismo sentido de su responsabilidad, hasta que vió caer al toro herido de una gran estocada.

En ese gran tren en que comienza la temporada, en esa línea brillante que no consiente practicar y torear como el toreo exige —porque el público exige ahora y siempre la misma cosa—, están estos detalles de la emoción. Y del riesgo. Hay que dar el «do» en todas las corridas. Y si un toro no embiste —como le ocurrió a Luis Miguel en el primero—, hay que forzar la nota aguda, aunque no embistan tampoco los siguientes. Gloria y servidumbre de las figuras del toreo que son «figuras», como este muchacho madrileño, de vocación torera extraordinaria.

Parrita es la buena muleta, el valor sereno, la convicción de que hasta donde no llega el toro debe llegar el torero. Y después de haber cuajado pases magníficos en su primero —pases largos, tirando y despejando con facilidad, que superficialmente podría parecer frialdad—, los intentó también en el quinto, el galache más peligroso de la tarde. No es que Parrita equivocase la faena. Sabe que para poder torear al natural tiene que doblarse una y otra vez, para que el toro se encele. Pero como hoy eso de «lidiar» un toro, lidiarlo con arreglo a su condición —tan variable hasta en una misma faena—, es casi un desprestigio, pues Parrita expuso y expuso sin fruto. Y menos mal que no se produjo también la cogida que todos estábamos temiendo.

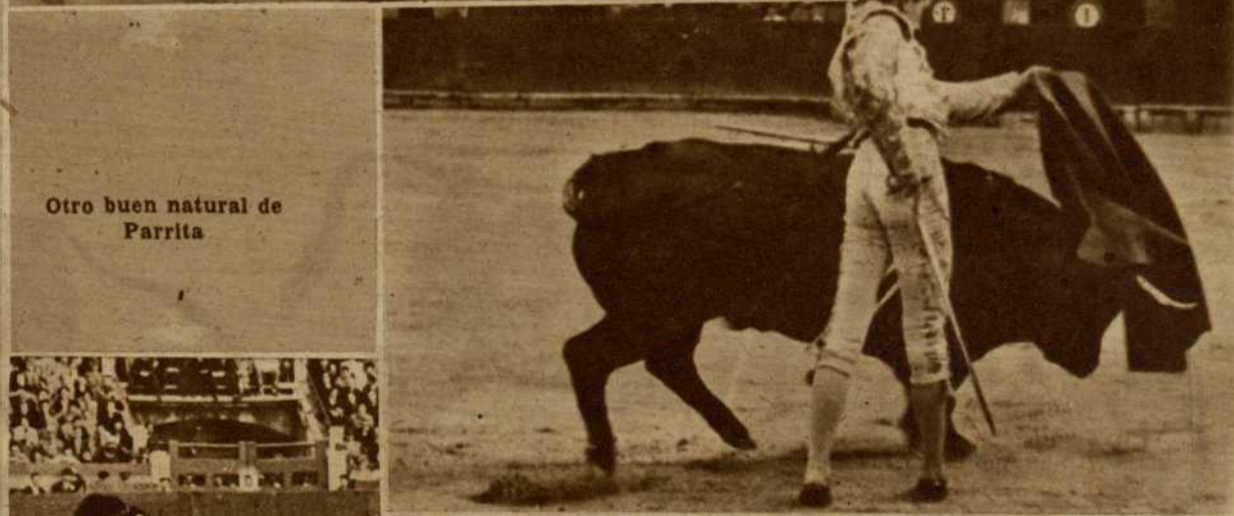
Vito —escuela sevillana, pinturería y rabia, figura graciosa y simpatía personal— está en la «muleta». Destellos brillantes e intermitentes y períodos de oscuridad. La rápida luminosidad del cohete que se eleva o el trueno inesperado. Todavía a falta de una línea de continuidad, de un sistema, como el desarrollo de ese «castillo», que va quemándose con orden estético cada noche, en cada Plaza, en este ordenadamente azul cielo valenciano.

EMECE



Otro buen natural de Parrita

Parrita prodigó los naturales con la izquierda, en los que el madrileño tanto se centra con el toro



Ahora, Parrita cierra la serie con el de pecho



El Vito, que estuvo muy valiente y que no cuajó más faena por los nervios, aguanta en este natural

Segundo momento de la cogida del Vito. Luis Miguel y el hermano del Vito, al quite (Fotos Vidal)



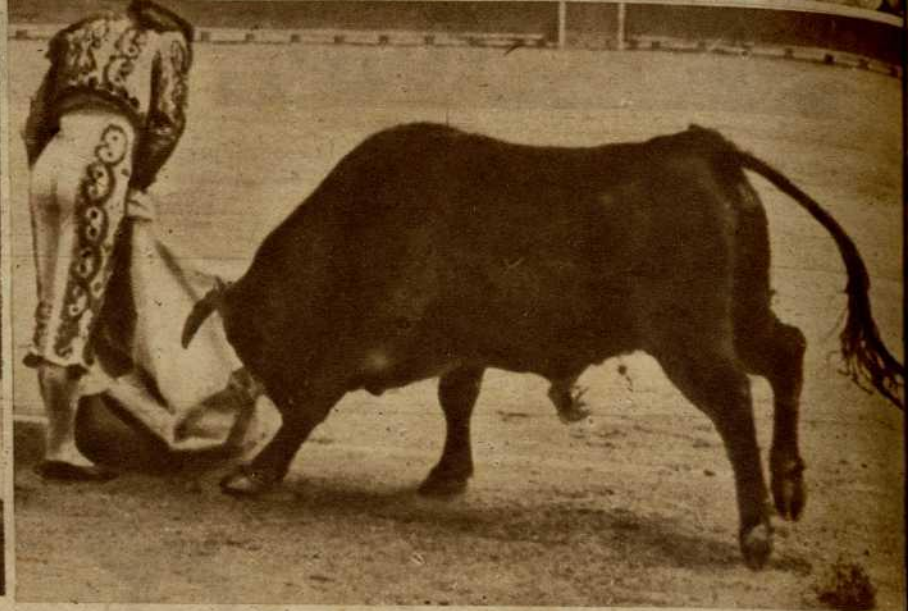
Por la cogida de Luis Miguel, la segunda corrida de las Fallas quedó convertida en un mano a mano EL CHONI-PARRITA



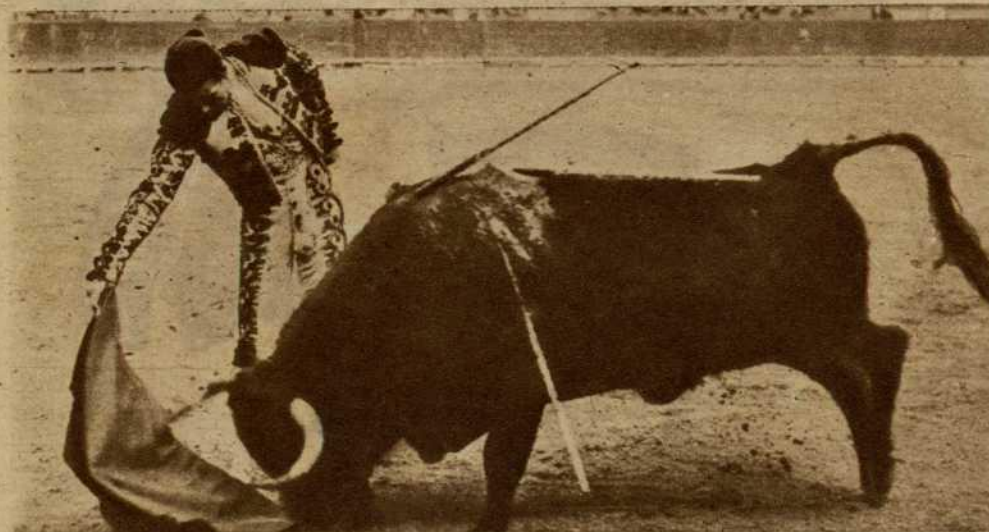
Parrita y El Choni, que iban a lidiar mano a mano los Murubes, se estrechan la mano antes de hacer el paseo



La fallera mayor, en el centro del grupo, señorita Amparo Casanova, presencia la segunda corrida de las fallas

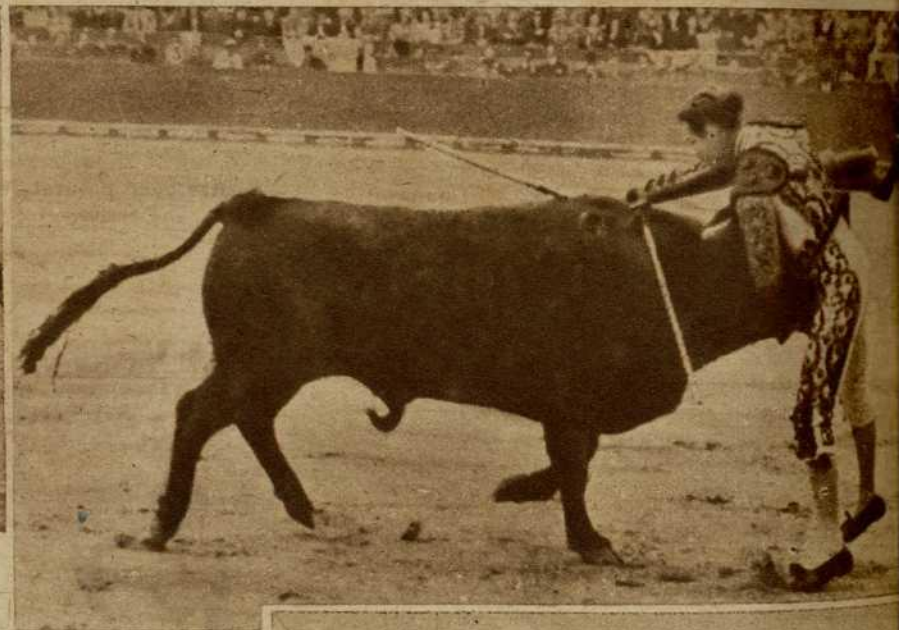


El Choni, que fué recibido por sus paisanos con una larga ovación, toreó con mucha quietud a su primer toro



Ahora, El Choni carga la suerte y acompaña con temple la embestida del Murube

El Choni mató valientemente a su primero, del que le fueron concedidas las orejas



A El Choni le regaló un canario en su jaula un industrial que tiene por costumbre hacer ese obsequio a los toreros que triunfan

El mano a mano,

La cogida desafortunada de Luis Miguel Dominguín —accidente más que cogida— cuando el público había comenzado a caldearse con la gran faena del diestro madrileño, dejó la segunda corrida de las fallas convertida en un mano a mano entre El Choni y Parrita. Esto es, mitad y mitad. Tres y tres.

Así resultó la fiesta. Tres y tres. Tres toros en que hubo alegría, y arte, y orejas, y vueltas al ruedo; y otros tres tristonos, desapacibles, como la tarde, durante la que saltó un viento tan fuerte y tan sucio que se llevaba las capas y las muletas y volcaba espesas nubes de polvo a los tendidos. Pero los éxitos estuvieron bien colocados. En el primero, en el quinto y en el sexto. Empezó bien y terminó bien. Y ya se sabe que siempre está bien lo que en bien acaba.

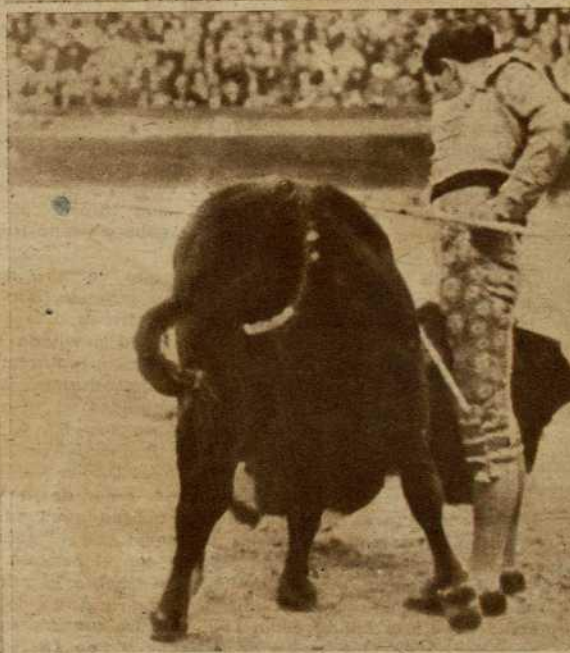
Choni fué, por esta vez, profeta en su tierra. Fué acogido con aplausos cariñosos, y con aplausos cariñosos y entusiastas fué despedido. Estuvo muy valiente y dió a sus lances, perfilados, emoción. Más destacado es el triunfo cuanto que no puede decirse que Jaime Marco estuviese «muy puesto» después de su campaña en Méjico. Una sola corrida y llegar a andar de barco en barco y de fonda en fonda no es el mejor entrenamiento para comenzar una temporeada.

Se lidiaron seis toros de Murube, que resultaron desiguales de presentación y de bravura

El ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, devolviendo la montera a Parrita, que le había brindado la muerte del segundo toro de la corrida

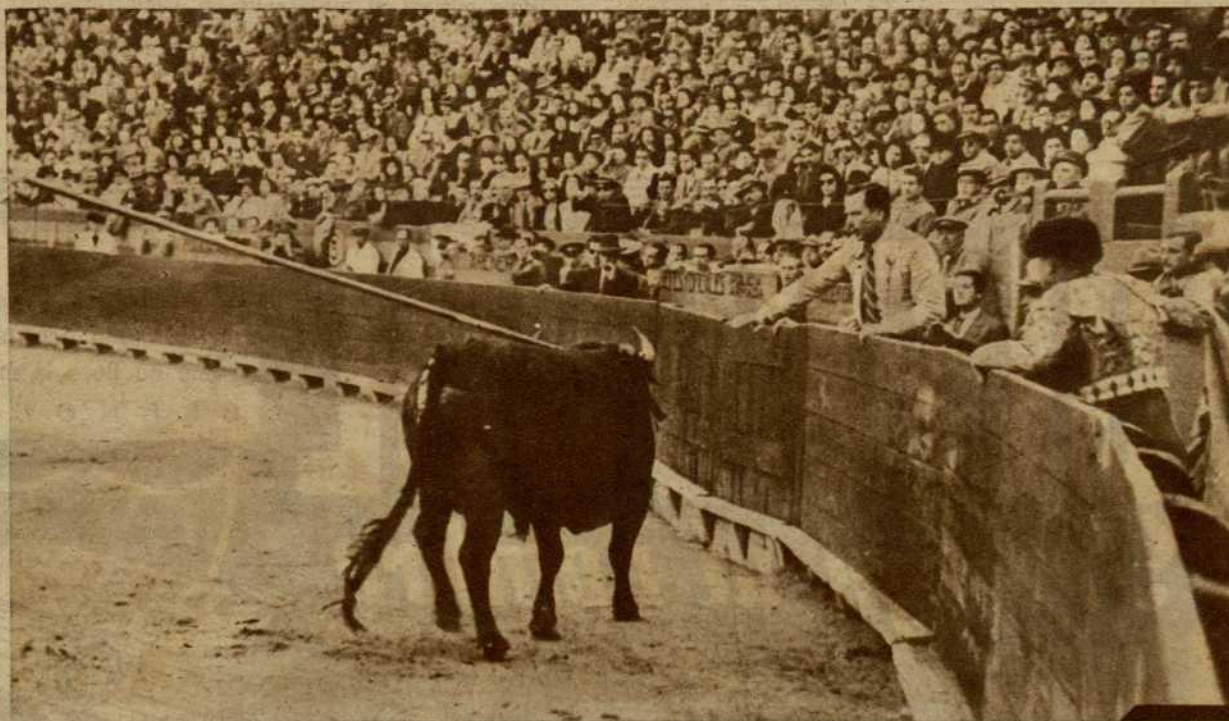


Un estatuario de Parrita al sexto de los Murubes



Parrita se estrecha de la manera que recoge las fotos de Vidal

Como la tarde se convirtió en despacible a partir del tercer toro, Parrita mandó que le remojaran la capa. El botijo salió a escena



Al quinto toro — uno de los más bravos de la corrida — le dejaron enhebrada la puya

... y tres (Crónica de nuestro director)

... de pelea como va a ser ésta. Pero a pesar de esto, y no obstante que los mejicanos no han sido muy gentiles precisamente con El Choni, éste apareció tan suelto y tan rabioso como si hubiese torreado veinte corridas «allá».

Tuvo dos Murubes. ¡Qué buenos! Uno, dócil, que embestia por derecho, y otro, muy bravo, el quinto. Triunfó en los dos. Su segundo — el cuarto — fué el más manso de la corrida.

El Choni pide paso. Habrá que dárselo.

Parrita se afianza cada día más con la muleta. Y le es tan fácil manejar la mano izquierda, que la utiliza en cuanto puede y hasta cuando no puede. De sus faenas destacó la del segundo — en la que acabó de acertar con el estoque — y la del sexto. Esta faena ésta apretada, variadísima, en la que el maestro madrileño salió decidido a triunfar, pasase que pasase. Y cuando se sabe a dónde se quiere sin vacilaciones, generalmente se va. Y se llega.

Al, Parrita.

Los de Murube dieron también el peso — un promedio de 251 kilos —, y el ambiente taurino cobra vida. Como siga la cosa así, ¡qué poco nos vamos a acordar del famoso pleito...!

C.

POR ESPAÑA Y AMERICA

Luis Miguel Dominguín resultó cogido en la primera de las Fallas. - El Choni y Parrita cortan orejas en la segunda de Valencia. Silverio Pérez se ha retirado de los toros. - Gran triunfo de Cagancho en Guatemala. - Conferencia de Pepe Sala en el Club Taurino madrileño



S. Pérez

Cagancho

Pepe Salas

C. Arruza

Pepin

EN la Plaza de Las Arenas, de Barcelona, el pasado domingo se lidiaron, por Pedro Robredo, Manolo Navarro y Luis Álvarez, tres novillos de Alicia Cabañada y otros tres de Arturo Sánchez.

Pedro Robredo, en su primero, pegajoso y torpón, estuvo breve. Mató de dos medias buenas. En el otro, fué aplaudido al torear de capa. Inició la faena de muleta con tres por alto. Dió cuatro buenos naturales y mató de un pinchazo y una gran estocada. (Muchos aplausos.)

Manolo Navarro fué ovacionado al veroniquizar a su primero. Con la muleta dió pases por bajo. Navarro intercaló naturales en varias tandas y acabó de un volapié. (Muchos aplausos.) En su segundo, de gran poder, estuvo valiente.

Luis Álvarez (Andaluz) tuvo una gran tarde. En su primero entusiasmó, oyendo oles y música. Mató de media buena. (Oreja, vuelta y saludos.) En el último, que llegó muy corretón al último tercio, toreó bien por bajo, con derechazos. (Oles y música.) Mató de media buena y una profunda. (Pelición de oreja, gran ovación y salida en hombros.)

Pesos en canal: 194, 208, 203, 219, 265 y 205 kilos, respectivamente.

En Córdoba se celebró el domingo la novillada inaugural de la temporada, con ganado de Benítez Cubero, para Lagartijo, Joseleto y Martorell.

Lagartijo, bien con el capote y desgraciado con la espada en sus dos bichos, en los que pinchó demasiado. Joseleto, en su primero, estuvo voluntarisco, y en su segundo, hizo una faena enorme, que coronó con una estocada corta. (Ovación, dos orejas, rabo y vuelta triunfal al ruedo.)

Martorell, en su primero, entró cuatro veces a matar, sin lograr pinchar, y oyó pitos. En su segundo, hizo una buena faena de muleta, mató bien y cortó una creja.

En Bilbao se celebró el domingo la novillada inaugural de la temporada, sin picadores. Buena entrada. Los novillos, de García de la Peña, de Almendralejo, dieron buen juego, siendo tres de ellos aplaudidos en el arrastre. Mariano Guerra estuvo valiente en sus dos toros y fué aplaudido. Pepe Hillo hizo una buena faena en su primero, al que mató de una estocada. Dió la vuelta al ruedo. En el otro estuvo voluntarioso. Félix de la Vega dió buenos lances y ejecutó faena adornada en su primero, al que mató de varios pinchazos. En el segundo estuvo voluntarioso, aunque pesado, con el estoque.

En Valencia, el pasado lunes se celebró la primera corrida de las fallas, con entrada regular. Antes del paseillo desfilaron la Banda de la Legión, entre grandes aplausos. Se corren cinco toros de Galache y uno de Natera, para Luis Miguel, Parrita y Vito.

En su primero, Dominguín lo recoge en su turno de quites, y es ovacionado. Mal picado y peor banderilleado, el bicho pasa a manos de Luis Miguel, que brinda al público. Dos pases por alto, que se aplauden, y el toro se cae. Dominguín lo levanta; pero, a pesar de su voluntad, no consigue que el toro entre. Lo despacha de media y dos intentos. (Aplausos. El toro es pitado en el arrastre.)

El segundo es corretón. Parrita lo fija con tres verónicas

y media, que arrojan aplausos. Dos varas y tres pares. El madrileño se lo lleva a los medios, donde provoca el entusiasmo del público, primero, por derechazos, y luego, con dos maravillosas series de naturales, citando de largo. (Música.) Pases de adorno, y termina de un pinchazo en su sitio, media y dos intentos. (Gran ovación y salida.)

El tercero, que es muy bravo, lo para Vito, para ganarse una gran ovación en tres lances a la verónica con media. Tres varas y lucido tercio, con aplausos para los tres maestros. Vito coge los palos, para dejar tres soberbios pares. (Ovación.) Con la muleta cita con la izquierda, y es volteado sin consecuencias. Se encorajina, y, entre aplausos y música, da primero cuatro naturales, bien ligados con el pecho, dos derechazos y un molinete, todo con mucha valentía. Un pinchazo y media. (Ovación y salida a los medios.)

En el cuarto, Luis Miguel da dos pases en el estribo y saca al toro a los medios, trasteándole soberbiamente con la derecha. Un grito del tendido hace que lleve al toro a las tablas, donde realiza una faena asombrosa, toda con la izquierda. En un remate, el toro se le cuele y le empuja. Se levanta rabioso, sin zapatillas, y contra la voluntad de sus compañeros, que quieren retirarle, da unos pases en redondo y molinete que ponen al público en pie. Pincha y termina de una entera. (El diestro cae en la arena y es recogido, en medio de una gran ovación. Pasa a la enfermería, tras de cortar la oreja de su enemigo.)

El quinto sale suelto de los caballos; derriba dos veces. Parrita quita oportuno. (Aplausos.) Dos pares de banderillas. El diestro madrileño brinda a Vicente Barrera, a quien el público aplaude. El toro está inclerto, y Parrita lo torea al natural, exponiendo mucho. Acaba de dos medias. (Aplausos.)

El sexto sale también suelto. Tres pares. Vito abrevia, y lo despacha de dos medias y un intento de descabello. (Aplausos.)

Peso de los toros: 253, 261, 249, 248, 281 y 245 kilos, respectivamente.

Parte facultativo.—El diestro Luis Miguel Dominguín ingresó en la enfermería después de la lidia del cuarto toro, presentando herida contusa en el muslo izquierdo, interesando todas las tunicas, con hernia testicular. Pronóstico grave. Doctor Serra.

La segunda corrida de las fallas, a causa de la cogida de Luis Miguel Dominguín, quedó reducida a un mano a mano entre el Choni y Parrita. Toros de don Antonio Urquijo de Federico. Asistieron los ministros de Asuntos Exteriores y Trabajo, el embajador de Portugal y el teniente general Queipo de Llano.

El Choni cortó dos orejas en el primero y creja en el quinto.

Parrita cortó las dos orejas en el sexto.

Los dos matadores salieron en hombros.

El peso de los toros fué el siguiente: 244, 232, 261, 281, 229 y 284 kilos, respectivamente.

En Madrid, donde residía, ha fallecido el que fué matador de novillos León Bosqued (Leoncillo). Había nacido el 11 de abril de 1883.

Los periódicos de provincias han recogido el siguiente telegrama de la Agencia Cifra:

«Con relación al pleito entre los toreros españoles y mejicanos, el diestro mejicano Carlos Arruza ha manifestado a uno de los redactores de la Agencia Cifra que como parece ser, según ha podido deducir de las distintas informaciones recogidas, que la principal causa de la ruptura es el número de corridas que él puede torear,

ha decidido descansar esta temporada y renunciar en favor de los toreros españoles todas las corridas que pudiera contratar. La decisión —añade— podrá contribuir al arreglo del pleito, y con ello me daré por satisfecho, pues deseo de corazón que las relaciones entre todos los toreros mejicanos y españoles sean en todo momento de plena cordialidad.»

El valiente novillero de Deusto, Martín Bilbao, está realizando una gran temporada por tierras americanas. En la última novillada celebrada en Bogotá, cortó orejas y fué paseado en hombros.

Pepin Martín Vázquez ha enviado a Sevilla cinco mil pesetas para la suscripción abierta para los damnificados por las inundaciones.

Un buen gesto del gran torero sevillano.

Los empresarios de las más importantes Plazas de Toros españolas se han reunido en Madrid para estudiar varios asuntos que afectan a los impuestos de la Fiesta y presentar a la Junta Económica del Sindicato Nacional del Espectáculo un escrito, en el que examinan el planteamiento, desarrollo y conclusión de las negociaciones entre toreros españoles y mejicanos. Para estudiar posibles soluciones a este asunto se convocó una reunión, a la que asistieron los representantes de las Empresas y la de los matadores de toros, y bajo la presidencia del señor Jato tuvieron un cambio de impresiones, en el que reinó un gran espíritu de comprensión.

Por noticias particulares sabemos que se tomó en consideración una propuesta para solicitar de los matadores de toros Ortega y Manolete una información sobre el estado actual del llamado pleito torero hispano-mejicano.

El pasado día 13 se celebró en Guatemala una corrida de toros, en la que alternaron Lorenzo Garza, El Soldado y Cagancho.

A Garza le toró el peor lote. Su actuación no fué nada más que discreta. Tampoco El Soldado estuvo más afortunado.

Cagancho, en su primero, lanzó con gracia, y con la muleta se prodigó en gitanerías, muy del agrado de la concurrencia. En su segundo dió unos lances marca de la casa, que levantaron al público de sus asientos. Con la muleta realizó una gran faena, tranquila y valiente, con pases de todas las marcas, para acabar con un volapié limpio, que tumbó al toro sin puntilla. Enorme ovación, oreja y vuelta al ruedo.

El reinedador Simao da Veiga ha sido condecorado con la Orden de Cristo, grado de oficial. El texto de la concesión añade que Simao da Veiga ha honrado a Portugal en España y América con su arte de bien torero.

En la corrida celebrada en Méjico el pasado día 16, Silverio Pérez se ha retirado de los toros. Al dar muerte al sexto de la corrida celebrada ayer, puso fin a su vida taurina. Ni sus más íntimos adivinaban la decisión del diestro hasta unos momentos antes de salir de su casa, camino de la Plaza.

En su última corrida no estuvo a la altura de los grandes días. Su actuación fué toda ella a la defensiva. Fué una tarde gris.

El último toro que había de estoquesar lo brindó a su amigo don Luis Peláez.

Lorenzo Garza tampoco hizo nada saliente en esta memorable corrida. Solvo un quite por ganeros y algún muletazo suelto con la izquierda; en lo demás, quizá contagiado por la sorpresa de la noticia, se mostró desganado y como preocupado durante toda la tarde.

La fiebre aftosa tiene alarmados a los ganaderos mejicanos. Sin embargo, ante las medidas que han sido adoptadas por las autoridades sanitarias, creen que el peligro será alejado, pues si no se le ataja es posible que desaparezcan algunas ganaderías de reses bravas, enclavadas en las zonas afectadas.

He aquí una relación de las ganaderías y zonas donde se encuentran:

Zona afectada: ganaderías de Atlanga, Piedras Negras, Zotoluca, La Laguna, Ajualupán, Coaxamalucan, Zacatepec, Rancho Seco, Dos Peñas, Heriberto Rodríguez y Carlos Cuevas.

Zona de protección: Atenco, San Diego de los Padres, Santín, Xajay, Pastejé, Ayala, Galindo y San Nicolás Peralta.

Zona indemne, en el sur: Parancicho, Quitico, Torreón de Cañas, Santo Domingo, José Ortiz, Santacilla, San Juan de Pan de Arriba y Santa María.

Zona indemne, en el norte: San Mateo, La Punta, Torrecillas, Peñuelas, Lorenzo Garza, Matancillas, Armillita Hermanos, Chinampas, Carlomé, La Playa, Presillas, Rivas Varela, Garabato, Cerró Viejo y Tierra Blanca.

El sábado último pronunció una interesante y documentada conferencia, en los salones del Club Taurino Madrileño, el excelente dibujante y aficionado Pepe Sala. Fué presentado por el vicepresidente del Club, señor Bellver.

Pepe Sala alcanzó un gran éxito con su conferencia, y al final fué muy felicitado por los asistentes al acto.

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechaza todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL

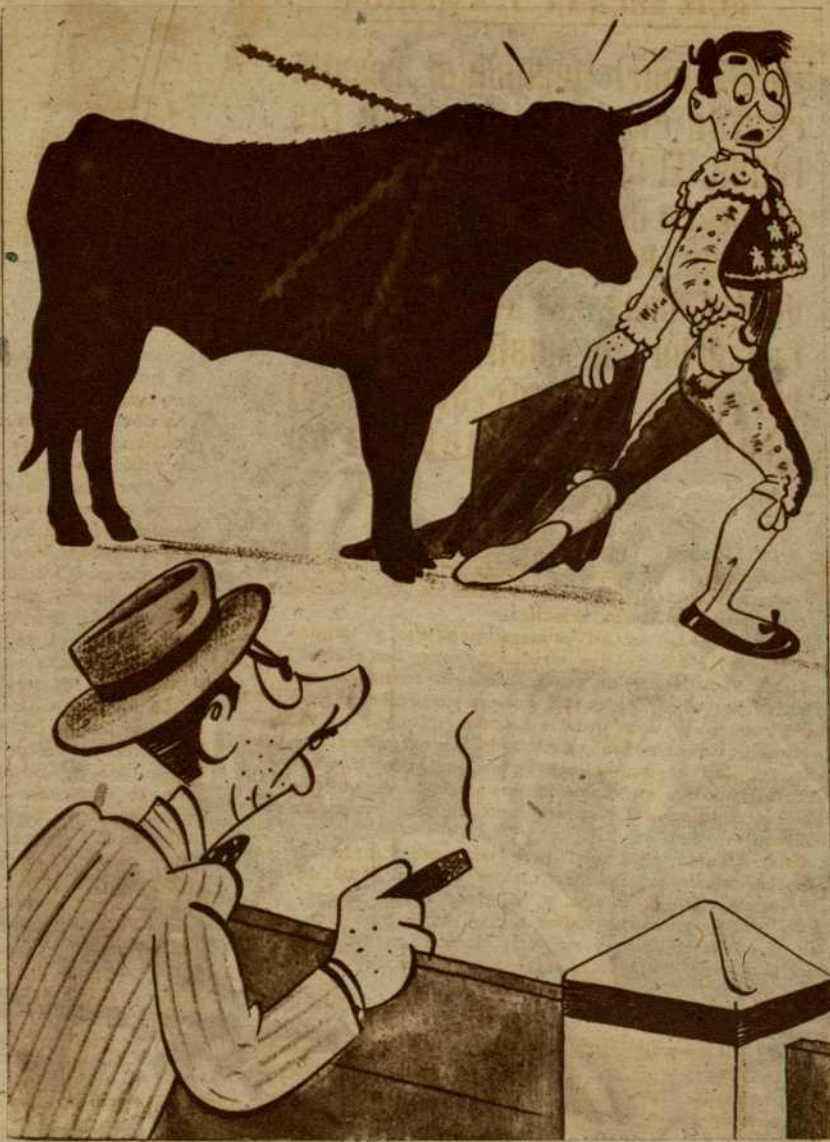


3 REFRITOS DE TOROS, por Tilu



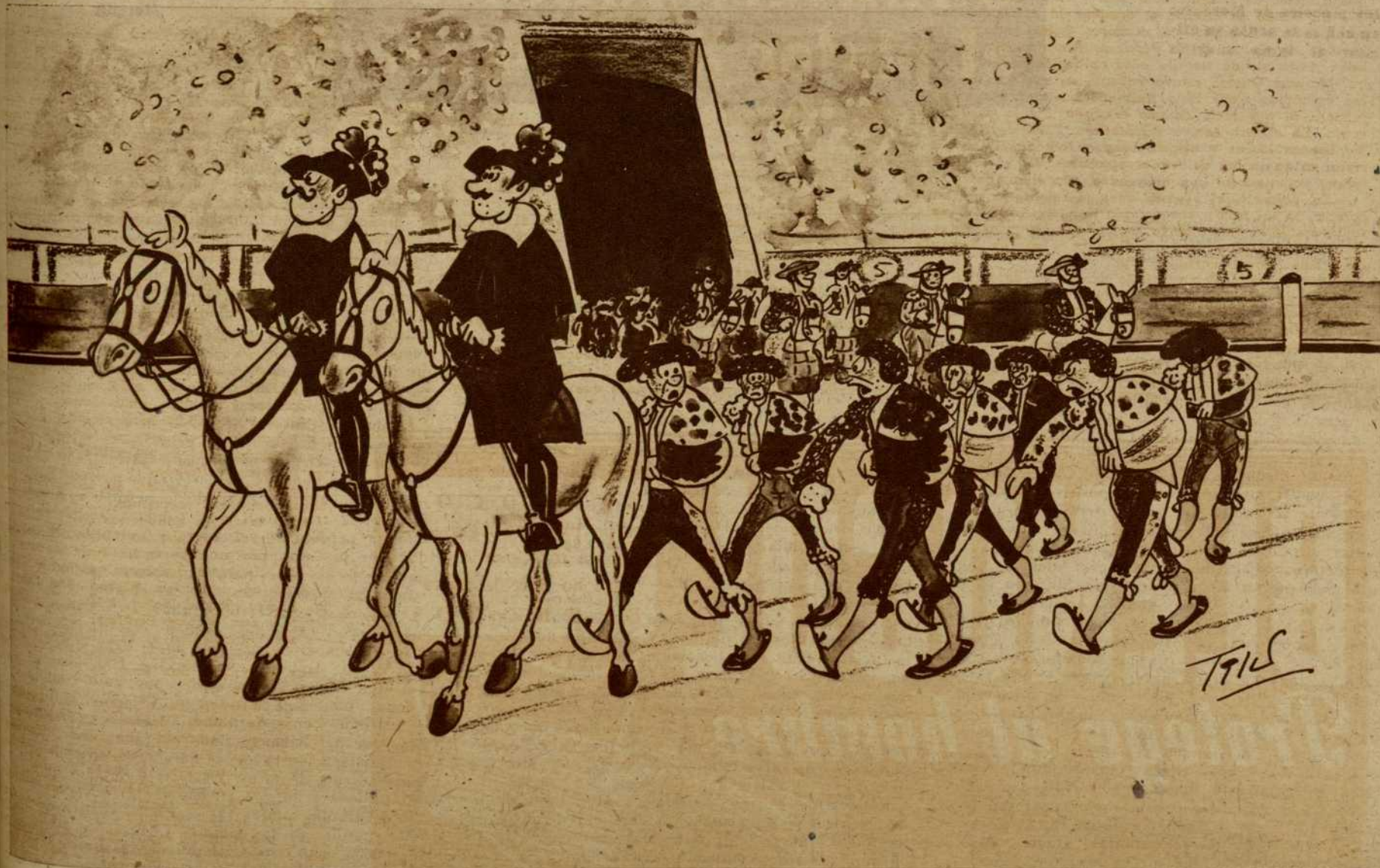
PRISA

—Si, como tenemos que coger el tren de las seis, mi matador ha preferido lidiar sus dos toros a un tiempo...



TORO CHICO

—¡Ya te advertí que no te adornases con el pitón, que era un toro «mu» debil!

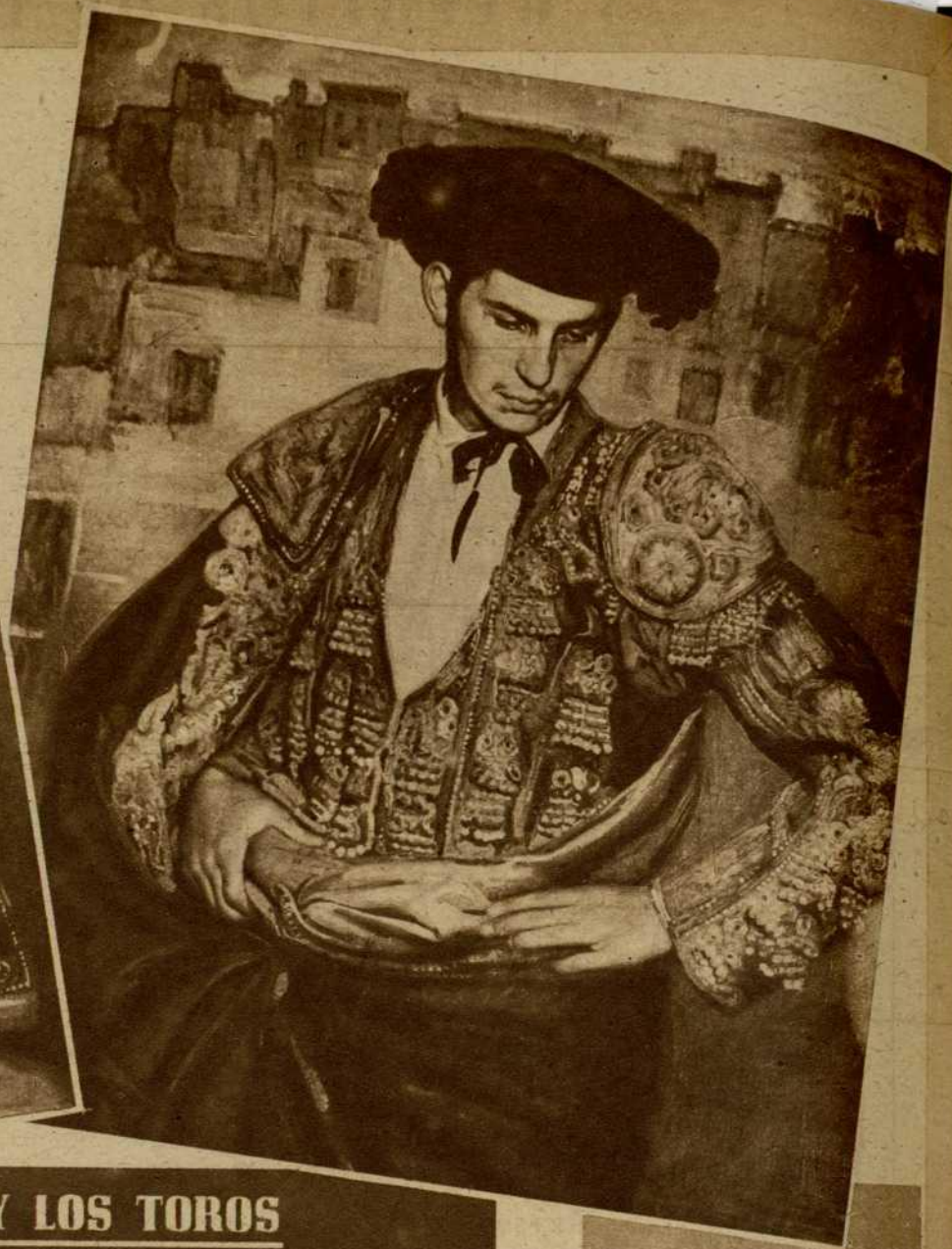


PEQUEÑO OLVIDO

—¡Atiza! ¡¡Si no han venido los matadores!!



«Manola», lienzo debido a los pinceles de Morcillo, en el que se acusa su allición al tema taurino



«Torero granadino», cuadro admirable de Gabriel Morcillo

EL ARTE Y LOS TOROS

GABRIEL MORCILLO el pintor de Granada

EN esta cita continuada, y casi diríamos ininterrumpida, de los pintores españoles y aun extranjeros, que de una manera u otra han abordado con éxito el tema taurino, a decir verdad, tan atrayente y sugestivo, tan español y a la vez tan afín con la idiosincrasia de nuestro pueblo, tócale hoy el turno, ganado en buena lid y con sobrados méritos, al ilustre y preclaro artista granadino Gabriel Morcillo. A fuer de sinceros, hemos de confesar cuán gratamente ha llegado para nosotros este momento, porque siendo Morcillo un pintor entre los de primera fila, de los de vanguardia —aunque no vanguardista—, nos parecía que la demora en consignar el prestigio de su nombre en estas columnas entraba de lleno en la órbita de la injusticia. Pero, aquí está latente y viva, aunque tal vez tardía, la prueba leal e inequívoca de nuestra admiración y de nuestra pleitesía. Porque Gabriel Morcillo, mejor dicho, en la pintura de Gabriel Morcillo se muestra de una manera positiva, eficaz y contundente las mejores y más perfectas palpitaciones de un auténtico y verdadero arte. Si vamos a estudiar y a analizar la bondad indiscutible de su obra pictórica, habremos de empezar diciendo, en una nueva proporción artística, que Morcillo es a Granada lo que el gran Romero de Torres es a Córdoba. Porque ambos a dos han sido los más grandes panegiristas pictóricos de esa tierra admirable, de esos respectivos rincones andaluces que tuvieron la suerte de verlos nacer. Y ahí, en esa fidelidad filial de sus artes, nace, late y se desarrolla el gran edificio incommovible y magnífico de su obra artística. Morcillo es, ante todo y sobre todo, el gran pintor de Granada, es decir, el cronista pictórico de esa ciudad típica y maravillosa.

Sólo un nativo, sólo un amante fervoroso y exaltado de su tierra podía producir y recoger tan bellamente los tipos, el ambiente de un rincón de España al que Dios otorgó tantas gracias. Pero, ¿qué Granada es la que nos ofrecen los pinceles mágicos de Morcillo? Frente a frente a su obra, que tiene sonoridades rítmicas de música oriental, con el canto de una poética extraordinaria, nos pa-

rece evocar un bello cuento de labios de la misma Scheherazade, prendidos en el encanto sin fin de una nueva narración espiritual y plástica de «Las mil y una noches». Ibarún-al-Raschid revivir en nosotros, que, perdidos en las frondas o en los callados y desiertos patios de los jardines o el palacio de la Alhambra, vemos venir hacia nosotros la visión extraordinaria con ribetes de ensueño. Porque eso es, en síntesis, la pintura de Morcillo: el mágico ensueño de un poeta de los pinceles que, retrotrayéndose en el tiempo, ha querido mostrarnos el poder pictórico de sus personajes y fantasías que creó por arte de una ficción poética, el ensueño. Dijérase que encerrado noches y noches en el solemne silencio del Generalife y de la Alhambra, sólo roto por el leve y fresco susurro de los surtidores, fué captando las sombras, que al conjuro del momento se deslizaban fantasmagóricas por el maravilloso patio de los Leones, por el jardín y mirador de Lindaraja, el patio de la Alberca o por ese místico y conventual de los Cipreses o de la Reja. ¿De dónde? ¿De dónde sacó Morcillo estos tipos, estos hombres y mujeres de sus cuadros? ¿De la vieja Granada? ¿Del Albaicín? «Fantasía mariscan», «El príncipe», «Bacon», «Los arqueros», «Cuento oriental», «Esclavos», «Fructidero» y tantos otros cuadros suyos, pregonan su desbordada fantasía. Como Romero de Torres, Morcillo nos ofrece la racialidad de unos personajes con concomitancias anteriores. No negamos que sus modelos transitan hoy por las calles típicas de Granada; pero el aspecto físico y el atuendo de tiempos idos nos dan la sensación real y efectiva de unos seres que, apoyándose en la verdad, nos recuerdan legendarios personajes de otros tiempos. Nos pasa con Morcillo lo que con el valenciano Segrelles. No son los tres —Romero de Torres, Segrelles y Morcillo— pintores esclavos a las exigencias temáticas del momento. A ellos no se les podrá catalogar como artistas de una época determinada —aun siéndolo—, porque su pintura no se hará vieja. Concretamente, en la obra de Morcillo no se sabe qué admirar más, si la bondad perfecta e indudable de la técnica o la be-

leza trascendental, espiritualista y amena del tema. A los cuadros de Morcillo les falta el pie de una rima sonora y cantarina de Rubén o la prosa entusiasta y magnífica de las poéticas leyendas de Bécquer. Ambas cosas se ven, se sienten, escuchan y adivinan en los lienzos de Gabriel Morcillo. Y, por si fuera poco, si aquietamos los sentidos, si nos recogemos en nosotros mismos con la visión reposada en las retinas del cuadro «Los arqueros», por ejemplo, sentiremos allá lejos, muy lejos, tal vez iniciado por el leve zumbido de la flecha, el ritmo cadencioso de una música. ¿Gustavo Adolfo Bécquer y Morcillo? Sí. A Morcillo se recuerda leyendo «El caudillo de las manos rojas», «El rayo de luna», «La cueva de la moran», «Los ojos verdes» y, sobre todo, «La corza blanca».

Cuando, en 1915, Morcillo se decide a pintar, en los impulsos de su arte, a pesar de lo taruño nativos, se funden los entusiasmos juveniles y exaltados de una honda y enervorizada poesía. Tal vez si Morcillo hubiera aceptado la pensión a Roma, si se hubiera trasladado a la Ciudad Eterna, el arte hubiera perdido el verdadero y auténtico Morcillo. Tal vez por eso, por una borrachera de su tierra nativa, le ha sido dable al artista «recoger» con auténticas ensoñaciones poéticas el alma y el sentido de una Granada sublimizada artísticamente por sus pinceles. Morcillo estudia con Cecilio Plá; mas, sin embargo, no es de aquel gran maestro del que ha de recibir las influencias. Hay cuadros suyos que tienen ese sello del que quiso seguir las huellas luminosas de Zulcaga. Tal es el terero que se reproduce en esta plana. ¿Castilla? ¿Granada? Más que del Albaicín tiene un fondo de vieja plaza castellana, en la que se adivina la difícil y arriesgada corrida de toros. El retrato del novillero Corralito tiene asimismo atisbos de la escuela admirable del llorado pintor vasco. En la pintura de Morcillo, pintura de los mejores tiempos, se acusa, ante todo y sobre todo, su hondo hispanismo. Y su arte, un arte depurado y exquisito, Morcillo, pintor español, español y granadino.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Un caballero español mata un toro después de haber perdido el caballo.» (Dibujo de Goya, de la serie «La tauromaquia»)

(Foto Sánchez de Palacios)



Toreros célebres: Rafael Bejarano, Torerito